APÓCRIFOS IRREVERENTES I

José Carlos Canalda

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 3

I. APÓCRIFOS HISTÓRICOS 4

LA VERDADERA HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA 5
LA VERDADERA HISTORIA DEL PRIMER VIAJE A LA LUNA 7
LA VERDADERA HISTORIA DEL PASO DEL RUBICÓN 8
LA VERDADERA HISTORIA DE STANLEY Y LIVINGSTONE 10
LA VERDADERA HISTORIA DEL BIG BANG 14
LA VERDADERA HISTORIA DE LA MANZANA DE NEWTON 15
LA VERDADERA HISTORIA DE LA LEY DE LA GRAVEDAD 17
LA VERDADERA HISTORIA DE LA INVENCIÓN DE LA RUEDA 19
LA VERDADERA HISTORIA DEL APOLO XIII 21

II. APÓCRIFOS MITOLÓGICOS 22

CANTOS DE SIRENA 23
EN EL LABERINTO 24
¡VAYA ODISEA! 25
GATO POR LIEBRE 26
RESPUESTA EQUIVOCADA 28
LA FALLA DE TROYA 30
EL ÚLTIMO CENTAURO 31
UN TRABAJO DE HÉRCULES 34
NEGOCIOS INFERNALES 40
LA HISTORIA DE JUAN EL PESCADOR 45
CONSULTA MÉDICA 49
LA VERDADERA HISTORIA DE ULISES Y LAS SIRENAS 51
LA VERDADERA HISTORIA DE BELEROFONTE Y PEGASO (I) 53
LA VERDADERA HISTORIA DE BELEROFONTE Y PEGASO (II) 55
IMPORTE EXACTO 58
ETERNIDAD 60
LA VERDADERA HISTORIA DEL REY MIDAS 63
LA VERDADERA HISTORIA DE DÉDALO E ÍCARO 64
LA VERDADERA HISTORIA DE HELENA DE TROYA 65

LA VERDADERA HISTORIA DE LA CAJA DE PANDORA 66
LA VERDADERA HISTORIA DE ORFEO EN EL INFIERNO 67
LA VERDADERA HISTORIA DE PROMETEO (I) 69
LA VERDADERA HISTORIA DE PROMETEO (II) 71
LA VERDADERA HISTORIA DE PENÉLOPE Y ULISES 72
LAS TRIBULACIONES DE CUPIDO (I) 74
LAS TRIBULACIONES DE CUPIDO (II) 79
RACISMO 81
INTRIGAS OLÍMPICAS 83
EL DECIMOTERCER TRABAJO DE HERACLES 87
PUBLICIDAD OLÍMPICA 89
LAS TRIBULACIONES DE HEFESTO 90
LAS TRIBULACIONES DE ESCULAPIO 92

PRESENTACIÓN

Tal como su nombre indica estos cuentos son versiones apócrifas, cuando no descaradamente parodias, de relatos clásicos -o no tan clásicos, pero sí conocidos- y a la vez irreverentes, es decir, muy poco o nada ortodoxas, habiendo intentado, eso sí, no dejar títere con cabeza.

He de reconocer que pocas veces me he divertido tanto como escribiendo estas gamberradas, aunque es probable, eso sí, que algún celoso guardián de la prístina pureza de los relatos pudiera pedir que me llevaran a patíbulo por ello... allá él, es evidente que hay que leerlos con ánimo de echar una carcajada o, por lo menos, una sonrisa. Si es así, habré conseguido lo que buscaba.

Los relatos, dada su heterogeneidad, están agrupados por series, aunque en las ocasiones en que algunos de los relatos podrían encajar en dos apartados, como es el caso de los de ciencia ficción o los literarios con los cinematográficos, he optado por elegir la versión original, lo que hace que los dedicados a Frankenstein o Drácula estén clasificados entre los literarios, mientras que aquellos en los que las "*víctimas*" son King Kong, Godzilla o los protagonistas de *La guerra de las galaxias* lo han sido entre los cinematográficos. Asimismo bastantes de estos relatos entrarían perfectamente en la categoría de los ultracortos, pero debido a su temática específica he preferido recogerlos aquí.

Dada su extensión, para una mayor comodidad de lectura los he dividido en ocho volúmenes. Los correspondientes a este primer volumen son los *Apócrifos históricos* y los *Apócrifos mitológicos*. Dentro de cada una de ellas he organizado los relatos en orden cronológico conforme fueron escritos, salvo cuando existen varios que comparten un mismo título.

Y eso es todo. Espero que se diviertan.

José Carlos Canalda

I. APÓCRIFOS HISTÓRICOS

LA VERDADERA HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Erguido con arrogancia en la proa del bote, Cristóbal Colón atisbaba impaciente la cercana playa, al tiempo que aferraba con su mano derecha el mástil del pendón de Castilla que, flameando orgulloso al viento, parecía estar asimismo ansioso por verse plantado en esas tierras vírgenes atisbadas en lontananza que muy pronto pasarían a ser patrimonio de la Reina Católica.

Ese doce de octubre del año del Señor de 1492 iba a verse escrita una página fundamental de la historia de la humanidad, aunque el almirante todavía no lo sabía, convencido como estaba de haber encontrado tan sólo una nueva ruta hacia las lejanas Indias.

Impulsado por los sólidos brazos de los remeros, el bote dio un último embate sobre las aguas antes de quedar varado en la arena. Colón, ansioso por ser el primero en hollar la tierra recién descubierta, saltó a la desierta playa seguido de cerca por el resto de sus compañeros. Con gesto firme clavó el pendón en la dorada arena, abrió la boca para tomar posesión del lugar en nombre de su majestad la reina Isabel y...

Se quedó mudo al comprobar que del frondoso palmeral que delimitaba a la playa por la parte de tierra adentro había surgido una multitud de soldados -porque evidentemente eran hombres de guerra, pese a lo extraño de sus atavíos- los cuales, desplegándose rápidamente en forma de media luna, les rodearon por completo cerrándoles cualquier posible vía de escapa excepto la del mar, cuyas olas rompían mansamente a sus espaldas.

Perplejo, el almirante guardó silencio al tiempo que contemplaba como les apuntaban con unos extraños bastones, al parecer de hierro, que tenían todo el aspecto de ser armas de fuego... y lo eran, como pudo comprobar cuando uno de sus marineros, movido por el terror, intentó buscar refugio en el abandonado bote. Sonó un seco estampido procedente de uno de los bastones y el desgraciado cayó fulminado tiñendo con su sangre la arena.

El que parecía mandar a los desconocidos bramó una orden en un idioma desconocido que a Colón le recordó remotamente a la lengua que había oído hablar a algunos marinos ingleses. No obstante, y pese a no entender lo que decía, su significado estaba bien claro; les conminaba a la rendición.

Soltando el pendón, que dejó abandonado a sus espaldas, y conteniendo la rabia que le embargaba, Colón avanzó lentamente hacia sus captores con los brazos en alto. Sus hombres, según pudo observar, le imitaron dócilmente.

* * *

Algún tiempo después, y gracias a los buenos oficios de un traductor que rumiaba un extraño español a duras penas inteligible, Colón y sus compañeros pudieron ser conscientes de las circunstancias en las que se encontraban. Habían sido hechos prisioneros por los soldados de un desconocido, y al parecer poderoso, imperio llamado por sus habitantes Guiunaitedesteit, que al parecer ocupaba un vasto territorio situado entre Europa y los exóticos reinos orientales de Cipango y Catay a los que en un principio el navegante genovés había pretendido llegar atravesando el Océano Tenebroso.

Se encontraban prisioneros, junto con una multitud de hombres extraños procedentes de remotas y desconocidas tierras paganas, en una enorme prisión llamada Guantánamo, situada según les dijeron en la costa de una gran isla a la que daban el nombre de Cuba, no demasiado lejos del lugar en el que fueran capturados.

Se les acusaba de ser terroristas; tuvieron que explicarles que se trataba de asesinos que atacaban a personas inocentes con fines políticos, algo que realmente no acabaron de entender; al fin y al cabo, ¿no era precisamente eso lo que había venido haciéndose en todas las guerras desde que el mundo era mundo?

Por supuesto Colón y sus compañeros habían protestado airadamente reclamando su libertad, al tiempo que esgrimían su condición de súbditos castellanos; pero de nada les había servido frente a sus hieráticos carceleros. Éstos, en tono de burla, le insistían en que en España no había ninguna reina Isabel ni ningún rey Fernando, añadiendo que más les habría valido buscarse una excusa más verosímil.

Y allí siguieron, y seguirían estando durante mucho tiempo...

LA VERDADERA HISTORIA DEL PRIMER VIAJE A LA LUNA

La puerta del módulo Eagle se abrió al frío y desolado vacío lunar y una figura grotesca apareció enmarcada contra el firmamento estrellado. Era el astronauta Neil Armstrong que, equipado con un aparatoso traje espacial, estaba a punto de convertirse en el primer ser humano que hollara la superficie de un astro distinto a nuestro planeta.

Lenta, cautelosamente, Armstrong comenzó a bajar los peldaños de la corta escalerilla que le conducía a la gloria, mientras repasaba mentalmente la frase con la que pretendía pasar a la posteridad: "Es un pequeño paso para un hombre, pero un gran salto para la humanidad".

Pero nunca llegaría a pronunciarla. Cuando tan sólo le quedaba un peldaño para consumar la proeza, su vista se detuvo en un extraño objeto que campeaba sobre la superficie lunar apenas a unas decenas de metros de distancia de su vehículo.

Era un cartel de gran tamaño, en el cual pudo leer, en caracteres luminosos trazados en vivos colores, la siguiente frase en perfecto inglés (posteriormente se sabría que en realidad estaba escrita en mnemos, el idioma mental común a todos los seres inteligentes del universo):

PLAY ALIEN
La revista más audaz
para el lector más exigente
de uno a otro rincón de la galaxia.
Pídala en su establecimiento favorito.
No le defraudará.
Recuerde:
PLAY ALIEN
La revista que le satisfará plenamente
sea cual sea su raza,
fisiología, metabolismo
u orientación sexual.

Perplejo, Armstrong se detuvo en su descenso diciéndose a sí mismo:

-Bueno, la verdad es que, pese a todo, esto no ha resultado ser demasiado diferente de lo que hemos dejado atrás.

Y con un encogimiento de hombros desanduvo su camino volviéndose a introducir en el módulo lunar. Necesitaba comunicar con Houston para informarles de que tenían un problema.

LA VERDADERA HISTORIA DEL PASO DEL RUBICÓN

La larga columna del ejército de Julio César serpenteaba por las llanuras situadas al sur del Po de retorno de su patria tras haber ensanchado los límites de Roma con la conquista de las Galias. Pero no era una vuelta triunfal, ya que su general estaba enfrentado con el poderoso Senado, e incluso existía el temor de que pudiera estallar una nueva guerra civil.

Por esta razón el triunfante general pretendía detenerse en la frontera del territorio sometido a la jurisdicción senatorial, marcada por el pequeño riachuelo conocido como Rubicón, sin llegar a invadirlo. Desde allí le bastaría con desplegar sus experimentadas tropas, en una impresionante demostración de fuerza, para convencer a los senadores de la conveniencia de tenerle como aliado y no como enemigo.

De esta manera esperaba poder lograr su objetivo de apoderarse de la urbe sin necesidad de recurrir a la violencia, de la cual le constaba que estaban hastiados ya sus conciudadanos tras el largo período de cruentas guerras civiles que se habían visto obligados a sufrir, casi sin solución de continuidad, durante varias décadas.

El problema era que desconocía el lugar exacto por el que discurría el insignificante Rubicón, razón por la que había recurrido a un guía local que prometió conducirles hasta su orilla.

Llegaron al fin junto a un pequeño curso de agua y Julio César, impaciente, preguntó al guía si se trataba del Rubicón. Éste, tras atisbar los parajes circundantes, respondió de forma negativa:

-No, señor, no es el Rubicón, sino otro riachuelo parecido que discurre paralelo a él algunas millas antes de su curso. Además -remachó a modo de confirmación-, aprecia que en el vado no aparece el miliario que debería señalar el inicio del territorio romano.

Era cierto, así que el general ordenó que sus tropas cruzaran el cauce mientras él permanecía, junto a su estado mayor, apostado en un pequeño otero al lado del camino. Había cruzado ya la mayor parte de su ejército, cuando un centurión llegó corriendo cual alma que lleva el diablo y con el rostro desencajado le espetó:

-¡Señor! ¡Nos hemos equivocado! ¡Este río es realmente el Rubicón!

-¿Qué dices, centurión? El guía nos ha asegurado que... -respondió César al tiempo que veía por el rabillo del ojo cómo éste se escabullía aprovechando la confusión.

-Señor, mandé a unos soldados a explorar la ribera en prevención de que pudiera haber espías apostados, y uno de mis hombres encontró el miliario fronterizo; estaba caído y semioculto por los cañaverales, probablemente lo debió derribar algún carro al pasar por su lado camino del vado.

-¿Estáis seguros? -bramó el general rebelde.

-Totalmente, mi general. La inscripción no dejaba lugar a dudas.

-¿Y por qué, voto a Marte, no lo volvieron a levantar? ¿De qué sirve un miliario caído y escondido, salvo para confundir a los viajeros?

-Mi general -respondió uno de sus lugartenientes-, al pasar por la última aldea oí comentar a unos lugareños algo acerca de una huelga indefinida de los peones camineros, al parecer en protesta porque el Senado les había suprimido la paga extraordinaria de las Saturnales... entonces no le di mayor importancia -concluyó contrito.

-Pues la hemos hecho buena -bufó César-. Todos mis planes se han ido al garete.

-Todavía no, señor -intervino otro de sus subordinados-. Apenas si han terminado de cruzar las tropas, podríamos dar orden de que volvieran atrás...

-Déjalo, Marco, no merece la pena. Estoy convencido de que había espías del Senado en la orilla opuesta, y que ahora mismo deben estar yendo a galope tendido a comunicar en Roma que hemos cruzado el Rubicón. Es inevitable que nos declaren enemigos del Senado y nos proclamen proscritos; ésta era la excusa que estaban esperando, y nosotros hemos mordido el anzuelo como besugos. De nada nos serviría retroceder, salvo para que además nos tildaran de cobardes.

-¿Entonces? -todos los miembros de su estado mayor aguardaban expectantes.

-¡Qué le vamos a hacer! No nos queda otro remedio que improvisar y seguir adelante, y que sea lo que los dioses quieran.

Y espoleando a su caballo, atravesó el Rubicón mascullando entre dientes:

-Alea jacta est.

LA VERDADERA HISTORIA DE STANLEY Y LIVINGSTONE

Tras un largo y accidentado viaje a través de los ignotos territorios del África Oriental, el intrépido Henry Morton Stanley arribó al fin a Ujiji, la remota aldea ribereña del lago Tanganica donde, según sus indagaciones, podía encontrarse el desaparecido explorador David Livingstone. Al menos los nativos hablaban de la presencia en ella de un hombre blanco, por lo que era muy probable que pudiera tratarse de él.

Stanley entró presuroso en la cabaña que le indicaron y, descubriendo en su interior a un personaje con el rostro velado por la penumbra, le dirigió un saludo que a la vez era una pregunta:

-Doctor Livingstone, supongo...

Para su sorpresa, éste se levantó de su asiento respondiéndole en perfecto inglés:

-Lamento tener que decirle que se equivoca. Soy John Clayton III, hijo de Lord Greystoke, aunque los indígenas me conocen como Tarzán de los Monos. En cualquier caso, sea bienvenido a mi humilde morada.

Stanley, perplejo, permaneció inmóvil haciendo caso omiso a la mano que le tendía su anfitrión. Evidentemente no podía tratarse de Livingstone, pues quien tenía frente a él era un joven de larga cabellera y fornida musculatura, tal como podía apreciar gracias a su semidesnudez apenas velada por un somero taparrabos. Nada que ver, pues, con el misionero y explorador que había venido a buscar, quien frisaba los sesenta años y presumiblemente se encontraba enfermo.

-Siento desilusionarle, pero insisto en que yo no soy ese señor que busca -añadió Clayton, amoscado por la descortesía del visitante.

-Disculpe, señor... -logró balbucir al fin el periodista- pero es que no esperaba esto.

-¿Que no fuera yo el objeto de sus pesquisas? -soltó una carcajada y continuó-.Tenga en cuenta que para los negros todos los blancos somos iguales; y aunque pocos, yo no soy el único de nuestra raza que vive por aquí... ni tampoco, supongo, el doctor Livingstone.

-No se trata de eso... -titubeó- lo que ocurre es que usted no es un ser real.

-¿De veras? -ironizó Tarzán flexionando sus bíceps-. Bien, podemos probar a darle un puñetazo en la cara, para comprobar si el daño es o no real...

-No... no creo que sea necesario -respondió Stanley retrocediendo instintivamente en dirección a la puerta de la cabaña-. Me refiero a que, como todo el mundo sabe, usted es un

ser ficticio creado por Edgard Rice Burroughs, el protagonista de una larga serie de novelas ambientadas en África. Por si fuera poco, faltan todavía más de cuarenta años para que sea publicada la primera de ellas, y de hecho ni tan siquiera ha nacido aún su autor.

-Pues yo me veo bastante consistente... -rió de nuevo Tarzán golpeándose el pecho a la manera de los gorilas-. Pero comprendo su sorpresa. Eso sí, permítame que le haga una pregunta. ¿Está convencido de que, a diferencia mía, usted sí es *verdadero*? -preguntó, enfatizando el adjetivo.

-¡Por supuesto! -se engalló el aludido en un repentino arranque de orgullo-. Yo no soy una creación literaria, sino un hombre real con una larga y constatada biografía. ¿Acaso lo duda? Aparezco en todas las enciclopedias.

-¡Oh, por supuesto que no! Tiene usted toda la razón. Existe, o mejor dicho existió, un periodista y explorador llamado Henry Stanley que a lo largo de su vida realizó numerosas hazañas, incluyendo el hallazgo del desaparecido doctor Livingstone. Pero, ¿está seguro de que él y usted son la misma persona?

-¡Cómo no!

Tarzán no se inmutó y, ofreciéndole un tosco escabel hecho con troncos rudamente desbastados, le rogó que se sentara.

-Como puede comprobar no dispongo de muchas comodidades -explicó al periodista-, pero en cualquier caso estará mejor sentado que de pie. Y ahora -continuó-, permítame que le explique. Yo, como usted bien ha dicho, soy fruto exclusivo de la imaginación de un escritor, dado que en el mundo real nunca existió ningún John Clayton al igual que no hubo un Don Quijote ni un Hamlet. Pero otros autores sí se inspiraron en personajes históricos para urdir unos relatos cuyos protagonistas, visto de esta forma, son tan *reales* como yo; ¿acaso existieron el Claudio de Robert Graves, el Juliano el Apóstata de Gore Vidal o el Alejandro Magno de Mary Renault?

-¿Insinúa que yo...?

-No lo insinúo, tengo la certeza de que usted no es sino la recreación literaria de un escritor, basada eso sí en el Henry Stanley histórico.

E interrumpiendo la airada protesta del interesado, continuó:

-¿Acaso puede usted explicarme cómo ha sido capaz de identificarnos, a mí y a mi padre literario, cuando se supone que estamos en 1871, su alter ego murió en 1904 y yo no *nací* hasta 1912? De ser como usted dice, y salvo que dispusiera de una máquina del tiempo, no había manera de que usted pudiera llegar a conocer estos datos.

La expresión de Stanley fue tan patética que Greystoke, poniéndole amistosamente la mano en el hombro, le consoló:

-Comprendo como se siente, a mí me pasó lo mismo cuando descubrí mi verdadera naturaleza... con el agravante de que en mi caso era todavía peor, ya que mi personalidad se basaba en una falsedad científica; porque como es sabido, los niños salvajes reales suelen adolecer de unas deficiencias intelectuales irreparables resultando prácticamente imposible integrarlos en la sociedad. Y eso que tenía el precedente del pobre Mowgli.

-Pero yo... -balbuceó el abatido Stanley- ¿qué pinto aquí? No conozco más libros basados en mi persona que los que escribí relatando mis viajes por los distintos continentes...

-No se caliente la cabeza. Desde que se inventó Internet cualquiera puede subir a la red todo lo que se le ocurra, con lo cual nadie mínimamente conocido está libre de sus desmanes sin importar que le vayan a leer cuatro gatos. En concreto, el autor de este cuento es especialmente aficionado a revolver y mezclar todo lo que se le ponga por delante, sean personajes históricos, literarios, mitológicos... ni tan siquiera los venerables patriarcas bíblicos se han visto a salvo de sus desmanes.

-Pues podía haberse olvidado de mí, al fin y al cabo no soy tan importante.

-No se queje, hubiera podido ser todavía peor. A la pobre Caperucita la trae mártir, y son varios quienes han protestado ya en Personal... sin conseguir nada. Así pues -Tarzán se encogió de hombros-, es mejor tomárselo con filosofía y esperar a que se canse de jugar con nosotros.

-Sí, pero ¿qué pinto yo aquí? -volvió a repetir la pregunta-. Maldito el interés que tengo como protagonista de uno de sus dichosos relatos.

-Cualquiera sabe, tiene una imaginación tan retorcida que puedes verte arrastrado por donde menos lo esperas. Por fortuna no le gusta escribir relatos largos, razón por la que no creo que tardemos mucho en vernos libres... hasta que se vuelva a acordar de alguno de nosotros, claro.

-El problema es que yo no tengo experiencia en estos temas -suspiró Stanley-, ésta es la primera vez que me veo metido en uno de estos fregados y no sé qué hacer. ¿Qué me recomienda usted?

-Que acepte mi hospitalidad y nos tomemos unos tragos de la cerveza de plátano que elaboran estos muchachos ex profeso para mí; le aseguro que está realmente buena, sobre todo si se la acompaña con unas tapitas de cecina de ñu y de queso curado de búfala. Mientras tanto, esperaremos a que se canse y dé por terminado el cuento.

-Habrá que resignarse -concedió el explorador, al tiempo que con una mano cogía el vaso de cerveza que le ofrecía, risueño, su anfitrión y alargaba la otra hacia la apetitosa cecina.

Para su desgracia no llegó a probar ni la una ni la otra, puesto que cuando iba a dar el primer trago la escena se fundió repentinamente en negro, al haber decidido el autor concluir allí mismo el cuento.

LA VERDADERA HISTORIA DEL BIG BANG

El Creador del Universo, que todavía no se llamaba así, se encontraba mal. Había asistido a la fiesta organizada por uno de sus vecinos del multiverso y, poco acostumbrado a consumir lo que para él era el análogo a las bebidas alcohólicas de fuerte graduación, se había mareado.

De vuelta a su acogedor universo sintió cómo su etéreo organismo se convulsionaba, resultado de lo cual fue el equivalente inmaterial a una súbita evacuación de gases intestinales. Concluida la cual, se sintió notablemente aliviado.

"¡Jamás volveré a ir a una fiesta de éstas!" -prometió, recordando el mal rato que había pasado. Lo cual, considerando su naturaleza inmortal, era una decisión realmente seria.

Y se olvidó del tema. Se olvidó, incluso, de las consecuencias que acarreara ésta.

Había comenzado el Big Bang.

LA VERDADERA HISTORIA DE LA MANZANA DE NEWTON

Isaac Newton, temido por su carácter irascible, estaba que se subía literalmente por las paredes. Él, la mente más preclara de su tiempo (y bien que se jactaba de ello), había fracasado una y otra vez a la hora de intentar desentrañar la naturaleza de la gravedad, esa esquiva magnitud física que parecía querer burlarse de él escurriéndosele entre los dedos como si fuera un intangible fantasma.

Profundamente frustrado, se levantó del banco donde por enésima vez había estado reflexionando sin el menor resultado, y comenzó a pasear con impaciencia por el jardín. En su ofuscación no miró donde pisaba teniendo la mala suerte de tropezar con la madriguera de un topo, lo que le hizo caer cuan largo era dándose un considerable golpe apenas amortiguado por la hierba que tapizaba el suelo.

Mascullando maldiciones se levantó dolorido y, tras asegurarse de la ausencia de testigos de su caída, comenzó a arreglarse la maltrecha ropa ya que, bajo ningún concepto, deseaba que la servidumbre fuera partícipe de su humillante percance.

Fue justo entonces cuando le alcanzó de forma repentina la inspiración, aunque por desgracia en la crónica de su trascendental descubrimiento no ha quedado constancia de si, como afirman algunos biógrafos, llegó a exclamar ¡eureka! en homenaje a Arquímedes, su ilustre predecesor. Lo que sí ocurrió fue que, gracias a tan prosaico tropiezo, su privilegiado intelecto logró ensamblar al fin las piezas del rompecabezas que tanto le había estado torturando, gracias a lo cual habría de pasar a la posteridad como uno de los mayores genios de la ciencia moderna.

Ahora lo comprendía... lo comprendía todo con una nitidez pasmosa, sorprendiéndole que una ley tan sencilla se le hubiera estado resistiendo tenazmente durante tanto tiempo. Y olvidándose de sus anteriores reparos ante el desmañado aspecto que ofrecía, se apresuró a encaminarse a su gabinete con objeto de plasmar sobre el papel lo antes posible la fórmula que le habría de hacer mundialmente famoso:

$$F = G \times Mm/d^2$$

Pero a mitad de camino se detuvo dubitativo. La fórmula, de ello estaba seguro, le proporcionaría la gloria eterna... a costa, claro está, de su dignidad maltrecha al verse obligado a reconocer que la había encontrado gracias a la involuntaria ayuda de una miserable alimaña. Fue entonces cuando su vista tropezó providencialmente con los cercanos manzanos, rebosantes sus verdes copas con los dorados reclamos de sus frutos. Se fijó también en las manzanas maduras que yacían caídas a los pies de los troncos, e inmediatamente encontró la solución que dejaría a salvo su orgullo.

¿Qué mas daba que el hallazgo de la fórmula le hubiera llegado por la caída de una manzana, o la de su propio cuerpo? ¿No era la ley que acababa de descubrir de naturaleza universal? Por tanto, una inocente mentira no alteraría lo más mínimo la importancia de su descubrimiento, librándole de cotilleos mezquinos. El gran Isaac Newton tropezando como un idiota en su propio jardín... ¡jamás!

Para celebrarlo, se comió la manzana madura más grande que encontró.

LA VERDADERA HISTORIA DE LA LEY DE LA GRAVEDAD

Isaac Newton estaba contento. Exultante en realidad, lo cual, dado su carácter huraño y desabrido, resultaba todavía más excepcional.

Pero tenía motivos sobrados para estarlo, pues no todos los días se logra desentrañar una de las leyes fundamentales de la naturaleza, una cuestión que le había traído de cabeza desde hacía muchos años y que de repente se había desvelado ante sus ojos de la manera más simple e inesperada mediante la observación de la caída de una manzana de un árbol. Así de sencillo, y así de trascendental.

Sin embargo, tropezaba aún con un pequeño detalle que, a modo de china en el zapato, no dejaba de azorarle: el nombre con el que debería bautizar a su nueva ley. Él entendía que, dado que gracias a ella su nombre pasaría a la posteridad, no podía elegir cualquiera, pero ninguna de las que había imaginado le resultaba suficientemente solemne.

Aunque en un principio consideró denominarla con su propio apellido, pronto descartó esta posibilidad no por modestia, que éste era un defecto del que por fortuna carecía, sino por el temor a que alguno de sus rivales o de sus enemigos, categorías ambas suficientemente nutridas, aprovechara la ocasión para atacarle allá donde tenía la piel más sensible, su orgullo. Y, para su disgusto, ninguna otra de las que se le ocurrían le satisfacía lo más mínimo.

"*Ley atractiva-repulsiva... ley cuadrática de las distancias... ley de las masas proporcionalmente influenciadas... ley planeto-satelital... ley ligante... ley universal de las atracciones mutuas...*" El bueno de sir Isaac se devanaba los sesos profundamente irritado ante su impotencia a la hora de buscar un simple nombre, él que había demostrado ser una de las mentes más preclaras de la historia de la humanidad...

Intentaba de nuevo retomar la irritante búsqueda cuando unos discretos golpes en la puerta de su gabinete le avisaron de que Richard, su fiel mayordomo y única persona autorizada a entrar en su refugio, pretenría comunicarle algo.

-Ahora no, Richard -bufó malhumorado apenas éste se presentó ante él, más tieso en su librea que el palo de una escoba-. Estoy demasiado ocupado para preocuparme por minucias -minucias eran para Newton cualquier cosa que perturbara su rutina-. Espero que sea algo importante.

-Me temo que lo es, señor -respondió el digno fámulo capeando, como experto que era, el temporal-. Acabo de recibir el aviso de que sir Henry Harris ha sufrido una caída de caballo mientras jugaba al polo. Según me dice Arthur, su mozo de cuadras, que es quien ha traído el mensaje, se encuentra bastante grave.

Puesto que el herido era uno de los escasos amigos con los que contaba el científico, éste se apresuró a aparcar temporalmente sus indagaciones semánticas para encaminarse a su residencia, distante apenas diez millas de la suya, tras ordenar que le prepararan un carruaje e instar al cochero a que azuzara a los caballos.

Mas no por ello abandonó sus ejercicios mentales mientras el coche se zarandeaba y saltaba cada vez que sus ruedas tropezaban con un bache; de haberlo hecho, no habría sido sir Isaac Newton. Y esta vez tuvo la suerte que antes le había faltado, puesto que una concatenación de ideas le condujo por fin al deseado hallazgo:

"*Manzana que cae del árbol... Henry que cae del caballo... Henry grave... ¡LEY DE LA GRAVEDAD!...*" -concluyó triunfante.

Para cuando llegó a la residencia de su amigo, ya sabía el nombre con el que su ley universal sería conocida por los siglos de los siglos. De paso, se interesó también por el estado de salud de quien de involuntariamente le había ayudado de forma tan eficaz a lograr su objetivo.

LA VERDADERA HISTORIA DE LA INVENCIÓN DE LA RUEDA

Huyendo del fuerte sol de mediodía Kaar, el jefe de la tribu, se refugió en el fresco interior de la cueva. Su satisfacción duró poco, justo hasta que sus ojos, una vez acostumbrados a la oscuridad, descubrieron la figura de alguien que no debería estar ahí.

Se trataba, según pudo apreciar al acercarse, de Rim, un jovenzuelo que en más de una ocasión le había traído quebraderos de cabeza a causa de su persistente tendencia a desobedecer sus órdenes.

-¿Qué haces aquí? -gruñó frunciendo el ceño-. ¿No deberías estar cazando con el resto de la partida?

-Ayer me torcí un pie cuando perseguíamos a una presa, y todavía me duele bastante cuando intento andar -respondió el muchacho a modo de disculpa-. Dwin -éste era el nombre del jefe de los cazadores- me dijo que me podría quedar en la cueva hasta que se me curase.

-¿Y qué es lo que estás haciendo? -insistió el jefe ejerciendo su autoridad, al tiempo que miraba con interés el objeto sobre el que había estado inclinado Rim.

Se trataba, según pudo comprobar, de un bloque de piedra, de aproximadamente una mano abierta de tamaño, al que el chico había tallado meticulosamente hasta darle una forma circular más ancha que gruesa. En el momento de la interrupción, al parecer, estaba tratando de perforar un agujero en el centro.

-¡Oh! -el muchacho respondió confuso, como si hubiera sido pillado en mitad de una travesura-. Me aburría, y decidí probar una idea que se me ocurrió hace varias lunas. He cogido una piedra blanda, que no servía para tallar puntas de flecha, y le he dado esta forma redonda. Ahora le estaba abriendo un agujero por el que pretendo atravesar un palo recto.

-¿Y para qué? -le espetó Kaar disimulando su ignorancia.

-He pensado que sujetándolo de alguna manera a un armazón de los que usamos para arrastrar las presas que cazamos, quizá podríamos moverlas con más facilidad, ya que la piedra daría vueltas sobre el palo ayudando al arrastre. A veces éstas son muy pesadas, y casi cuesta más trabajo traerlas a la cueva que cazarlas.

Aunque Kaar seguía sin entender absolutamente nada de lo que para él era tan sólo un galimatías sin sentido, tenía que dejar bien claro a este mocoso quien mandaba allí y quien era el único con derecho a tener ideas que los demás estaban obligados a obedecer sin

rechistar. Así pues, dando un fuerte sopapo al desprevenido Rim, que reculó hasta la pared de la cueva, le gritó:

-¡Estoy harto de tus tonterías, y no estoy dispuesto a consentirte una sola desobediencia más! ¡Mira lo que hago con tu *idea* -enfatizó al tiempo que estampaba la piedra contra el suelo, rompiéndola en pedazos-. En cuanto a ti, te quiero ver haciendo algo útil en vez de perder el tiempo en tonterías; si no puedes salir a cazar, ahí tienes un buen puñado de puntas de flecha melladas a las que es preciso afilar. Ya lo estás haciendo, y como cuando vuelva no estén todas terminadas, te pienso dejar atado de pies y manos junto al cubil de las hienas. ¿Te enteras?

Tras lo cual salió bufando de la cueva en una estudiada pose de líder.

Por su parte el muchacho, que había soportado el chaparrón acurrucado en el rincón más profundo de la cueva, al comprobar que el energúmeno -así le consideraba en su fuero interno- se había ido, se apresuró a obedecer temeroso de su furia; si bien sabía que no cumpliría su amenaza, sí era muy capaz de darle una paliza que le dejara baldado o de tenerle castigado sin comer durante varios soles, de hecho no sería la primera vez que lo hacía con alguien que se hubiera mostrado díscolo o con todo aquel que cuestionara su jefatura.

Pero mientras se acariciaba con la mano la escocida mejilla, se reafirmaba en el plan que llevaba acariciando desde hacía algún tiempo: cuando salieran a cazar por la zona del río, que era el límite tácito entre su territorio y el de la tribu vecina, aprovecharía un descuido de Dwin para cruzarlo ofreciéndose a integrarse en ella. Tron, su jefe, aunque igual de fuerte era bastante más inteligente y menos brutal que Kaar, y sin duda sabría apreciar su invento para el que, por cierto, todavía no había encontrado un nombre... pero esto último podría esperar. Lo importante era que fuera aceptado por sus nuevos compañeros, y que Tron plantara cara al chasqueado Kaar cuando éste lo reclamara; aunque no sentía por Rim la menor estima y no disimulaba que le consideraba un engorro que ni siquiera se ganaba la comida que consumía, su orgullo herido le movería a exigir su retorno. Pero Tron sabía imponerse y defender a los suyos incluyendo, esperaba, también a él, y en el pasado había dado muestras sobradas de no temer a tamaño fanfarrón e ignorar sus exigencias.

Y por si fuera poco en la tribu de Tron estaba la muchachita a la que había atisbado en varias ocasiones mientras recolectaba bayas al otro lado del río, la cual siempre le devolvía la mirada con una sonrisa en los labios. Sí, estaba decidido: cruzaría el río en cuanto pudiera.

LA VERDADERA HISTORIA DEL APOLO XIII

-¿Y ahora qué hacemos? -preguntó Jack Swigert a Jim Lowell-. Tendremos que informar al control de tierra para ver como nos pueden sacar del atolladero.

El comandante de la misión guardó silencio mientras reflexionaba. Por una de las ventanillas del módulo de mando veía extenderse poco a poco una nubecilla blanca de oxígeno congelado. Sin duda el choque había roto el fuselaje del módulo de servicio y alguna esquirla metálica había perforado uno de los tanques de oxígeno vitales tanto para el funcionamiento correcto de los cohetes propulsores, como para mantener con vida a los tres astronautas.

Por otra de las ventanillas veía, a unos cincuenta metros de distancia y aparentemente inmóvil, ya que describía una órbita paralela a la suya, al objeto lenticular contra el que habían chocado minutos antes. Mediría unos veinte o veinticinco metros de diámetro, aproximadamente el doble de la longitud del Apolo, y alrededor de diez de ancho en su eje central, del que sobresalía una cúpula semiesférica de un material transparente. En su interior se vislumbraba la presencia de dos alienígenas humanoides, de grandes y peladas cabezas, gesticulando grotescamente con los tentáculos superiores de su cuerpo extendidos. Aunque no había manera de saber qué estaban diciendo, el astronauta suponía que tenían pinta de estar bastante cabreados.

Y motivos no les faltaban, puesto que el afilado borde del disco presentaba una considerable abolladura en el lugar en el que había chocado contra el módulo de servicio sin que, a pesar de ser aparentemente más maniobrera que el torpe Apolo, la nave alienígena hubiera logrado esquivar el impacto.

Lowell, recobrado de su mutismo, ordenó al piloto:

-Diles... diles que ha estallado un depósito de oxígeno; al fin y al cabo no mentimos. ¡Pero no se te ocurra dar más detalles! No quiero que nos tomen por locos.

Instantes después Swigert lanzaba al éter su histórica frase:

-¡Houston, tenemos un problema!

II. APÓCRIFOS MITOLÓGICOS

CANTOS DE SIRENA

Aquella jornada no se le había dado nada bien a Manuel el pescador. Tras arduas horas de duro trabajo bajo el sol abrasador, cuando ya el sangrante sol acariciaba el terso borde del horizonte, tan sólo media docena de escuálidos peces constituían el magro botín arrancado a las avaras aguas... demasiado poco para alguien que tenía una familia que mantener sin otros recursos que su vieja barca y las remendadas redes de las que parecían disfrutar burlándose las esquivas criaturas marinas. Y lo peor de todo era que no se trataba de un mal día, sino de un eslabón más de una larga racha de mala suerte que amenazaba con llevar el hambre a su modesta casa.

Suspirando profundamente, Manuel recogió los aparejos y, tras echar mano a los remos, se aprestó a doblar el promontorio que separaba el caladero del vecino puerto. En fin, se dijo con resignación, por lo menos habría algo con lo que dar de cenar a los niños; ya se apañarían su mujer y él con cualquier cosa.

Fue entonces, cuando pasaba frente a las rocas que servían de base al promontorio, cuando la vio. Manuel no había ido nunca a la escuela ni tenía el menor conocimiento de la mitología clásica, pero sabía lo que era una sirena... y sabía también que se trataba de seres imaginarios. Pero allí estaba, apenas a cien metros de su barca, bella como una diosa y sonriente como jamás había visto hacerlo a ninguna de las toscas aldeanas. Y le llamaba, le hacía gestos inequívocos de que se acercara a ella.

Manuel obedeció.

* * *

A la mañana siguiente Manuel no salió a pescar, dirigiéndose al mercado de la cercana villa con la cola de un magnífico pescado -él afirmó que se trataba de un atún- cuya venta le proporcionó beneficios suficientes como para subsistir durante varias semanas, causando la admiración de los lugareños ya que, según afirmaron los compradores, jamás en su vida habían tenido ocasión de probar nada tan delicioso.

EN EL LABERINTO

-¡Teseo, Teseo, olvidabas esto!

Reprimiendo un gesto de desagrado, el campeón de Atenas se detuvo a la entrada del laberinto para atender a la llamada de Ariadna, la fea y desgarbada hija del rey de Creta.

-Otra vez esa pelmaza... -masculló para sí- ¡Maldita sea la hora en que se enamoró de mí! ¿Es que no puede dejarme en paz de una vez ese cardo borriquero?

Forzando una sonrisa, ya que no era cuestión de incomodar al poderoso Minos antes de tiempo, preguntó a la muchacha:

-¿Qué quieres, Ariadna? Te ruego que no me entretengas demasiado, mis compañeros ya han penetrado en el laberinto, y no quisiera que el minotauro los encontrara antes de tiempo; son tan sólo unos muchachos indefensos, y yo soy el responsable de sus vidas.

-¡Pero cariño, -al oír el epíteto al ateniense se le revolvieron las tripas- olvidabas esto! Y te va a ser imprescindible para salir del laberinto una vez que hayas acabado con esa bestia. -exclamó Ariadna al tiempo que le extendía, con el rostro radiante de felicidad, una gruesa madeja de hilo- Ata el extremo al quicio de la puerta y vete desenrollándola poco a poco; así podrás volver sin temor a perderte en su interior.

-No me hará falta. -zanjó Teseo con brutalidad- Tengo esto, que es todavía mejor.

Añadió, al tiempo que le mostraba el objeto que sacó de la bolsa que colgaba de su cinturón.

-¿Qué es eso? -preguntó sorprendida la princesa cretense.

-¡Qué va a ser, idiota, un GPS! Puedes quedarte con tu estúpido hilo, quizá lo necesites para tejer una red con la que cazar a un incauto pretendiente.

Y volviendo la espalda a la atribulada muchacha, se internó con resolución en la guarida del monstruo.

Ella, estupefacta y entre lágrimas, le vio desaparecer para siempre al tiempo que recogía del suelo dos pequeños objetos cilíndricos, ambos marcados en cada extremo con una cruz y una raya, que se habían caído inadvertidamente del adminículo que Teseo le mostrara al sacarlo de la bolsa. Ariadna no tenía ni la más remota idea de lo que pudieran ser, pero decidió conservarlos para siempre como recuerdo de su amargo y frustrado amor.

¡VAYA ODISEA!

Después de veinte largos años de ausencia y azaroso peregrinar por todo el orbe conocido, Ulises Laertíada vislumbró ante él la costa de su amada Ítaca. Al fin había concluido su interminable destierro, sin que las duras pruebas a las que había sido sometido por los rencorosos dioses hubieran conseguido doblegar su indómito tesón.

Volvía a su reino tras superar innúmeras tribulaciones en las cuales se había visto obligado a enfrentarse con dioses vengativos, gigantes sanguinarios, hechiceras maléficas, ninfas caprichosas, sirenas asesinas y otras mil adversidades sin cuento, una interminable y cruel odisea durante la cual fueron quedando en el camino los camaradas que le habían acompañado a la ya lejana y olvidada guerra. Tan sólo él entre todos ellos había logrado sobrevivir, de forma diríase que milagrosa, a los inhumanos obstáculos con los que le había probado el destino. Pero todo lo daba por bien empleado ante el inminente final de sus desdichas. Esa misma noche dormiría en la cálida cámara nupcial de su palacio, tiernamente abrazado por su fiel Penélope.

Sin embargo, no puedo evitar que un punto de incertidumbre ensombreciera su semblante. Después de tanto tiempo podían haber ocurrido muchas cosas, y no todas necesariamente buenas. ¿Encontraría a Ítaca muy diferente de como la dejara al partir rumbo a la lejana Ilión? Para bien o para mal, se dijo, pronto saldría de dudas.

Al llegar a la playa y hollar con fervor la tierra de su patria, Ulises alzó la vista al cielo en agradecimiento a sus dioses protectores. Fue entonces cuando vislumbró algo que le heló la sangre, algo que jamás habría esperado encontrar allí. Alzado sobre unos robustos mástiles gruesos como el cuerpo de un hombre, un enorme cartel ocultaba a su vista el interior de la isla. Pero lo peor no era la inquietante presencia del extraño reclamo, sino el demoledor mensaje que leyó con desesperación:

SU TIEMPO ES ORO. NO LO PIERDA INÚTILMENTE
VIAJE CON NOSOTROS
CON AIR TROYA HABRÍA LLEGADO MUCHO ANTES

GATO POR LIEBRE

Fue una larga y dura epopeya, pero finalmente había conseguido alcanzar la tan ansiada meta. Jasón el tesalio, heredero legítimo del trono de Yolco, se había visto embarcado en la más ardua aventura afrontada jamás por ser humano alguno, salvo quizá las descomunales hazañas de su camarada Heracles... pero éste era un semidios hijo del propio Zeus, mientras Jasón, por el contrario, tan sólo era un simple mortal.

Recordaba el esforzado héroe, ahora que acariciaba ya el premio a sus denodados esfuerzos, el largo camino recorrido desde que se embarcara, junto con otros cincuenta campeones griegos, en el veloz navío Argos camino de la remota Cólquide, allá en los confines del orbe, en busca del mítico vellocino de oro que el mítico Frixo colgara de un roble tras sacrificar al carnero Aries en homenaje al dios Ares. Era sin duda el trofeo más codiciado para cualquier héroe, pero sería también el botín más difícil de cobrar, custodiado como estaba por su celoso guardián, un dragón que nunca dormía vigilándolo día y noche.

Ya la larga travesía desde Yolco hasta la Cólquide había resultado tan penosa y plagada de dificultades que tan sólo alguien del temple de los argonautas habría podido ser capaz de vencerlas. Pero Jasón contaba con el auxilio de la flor y nata de los guerreros helenos, algunos de los cuales revestían incluso naturaleza semidivina. Con él viajaban personajes de la talla de Heracles, los gemelos Cástor y Pólux, el divino Orfeo, Peleo, futuro padre del divino Aquiles el de los pies ligeros, el adivino Mopso, el médico Asclepio, el arquero Filoctetes y sus flechas mágicas... así hasta cincuenta esforzados varones, cualquiera de los cuales valía por sí solo tanto como un ejército entero.

No menos fatigosos hubieron de ser los esfuerzos realizados para sortear las artimañas del pérfido rey Aetes, custodio del codiciado vellocino. Jasón tendría que uncir a dos toros mágicos de pezuñas de bronce y aliento de fuego, y con ellos arar un campo sembrando en él unos dientes mágicos de dragón de los cuales brotaría un feroz ejército de hombres armados.

Cualquier otro mortal habría sucumbido ante la magnitud de estas pruebas, pero Jasón era de un temple muy superior al que le atribuyera el taimado Aetes; y aun con ello precisaría del auxilio de Medea, la bella hija del rey versada en artes mágicas y enamorada del héroe tesalio. Gracias a ella, Jasón había podido alcanzar su objetivo domeñando a los dos toros de aliento de fuego, venciendo a los guerreros brotados de la tierra y adormeciendo al monstruoso dragón que custodiaba tan preciado trofeo.

Ahora, frente a su vista y al alcance de sus temblorosas manos, el vellocino de oro refulgía con dorados reflejos bajo la caricia de los rayos del sol, a modo de simbólica

rendición de pleitesía a su intrépido conquistador. Ya era suyo, tan sólo tenía que descolgarlo de las ramas que lo sostenían para apoderarse de él; pero cuando lo tuvo en sus manos descubrió, cosida al borde interior del mismo, una pequeña etiqueta que rezaba lo siguiente:

MADE IN CHINA
100% ACRYLIC

-¿Qué demonios significa esto? -preguntó a Medea, que se mantenía pensativa a su lado.

-¿Eso? -respondió la muchacha con un gesto evasivo- ¡Oh, nada importante! Cariño, no te preocupes por ello. Lo importante es que ya tienes el vellocino, ahora tan sólo te queda llevarlo a Yolco para recuperar tu trono... Seremos felices allí.

Sin embargo, el campeón tesalio no lo tenía tan claro.

-No sé... -gruñó malhumorado- He visto desollar muchos carneros, y ninguno llevaba dentro nada parecido.

-¡Pero cariño, es que éste era mágico!

-Bueno, si tú lo dices... -rezongó Jasón encogiéndose de hombros- Espero que mi tío Pelías no me ponga pegas, no te puedes ni imaginar lo pejiguero que es. Volvamos al Argos; ya nada nos queda por hacer aquí, y sigo sin fiarme de tu padre.

-Por supuesto, cariño. -respondió Medea regalándole con la más hechicera de las sonrisas- Cuanto antes embarquemos mejor, tenemos por delante un largo viaje.

Mientras tanto, ella se decía para sus adentros: "*Como coja al capullo que se olvidó de cortar la etiqueta, lo capo. ¿Y este ceporro? Hay que ser cortito para pensar que siguiéramos teniendo a estas alturas el vellocino de oro original, con la pasta que nos dieron... A ver si no cómo habríamos podido mantener la corte de mi padre y sufragado mis estudios. ¡Por Zeus, estoy rodeada de imbéciles!*"

-¿En qué piensas, Medea?

-En lo felices que vamos a ser tú y yo cuando lleguemos a tu reino, cielo.

RESPUESTA EQUIVOCADA

Edipo, el campeón tebano, tragó saliva antes de atreverse a mirar de frente a la sanguinaria Esfinge. Era plenamente consciente de que su vida pendía de un hilo, y de que sólo podría salvarla si lograba adivinar el críptico enigma planteado por ésta... algo que nadie hasta el momento había sido capaz de hacer.

Pero los otrora ubérrimos campos tebanos eran hoy yermos desolados, puesto que sus conciudadanos no se atrevían a aventurarse fuera de las murallas de la ciudad; habían muerto demasiadas personas como para que los aterrorizados supervivientes osaran arriesgar su vida, máxime cuando hasta las mentes más preclaras habían sucumbido ante las artimañas intelectuales del monstruo.

Y ahora era él, Edipo, la última esperanza de su pueblo.

-¿Quién eres tú, mísero mortal, que osas interrumpir mis meditaciones? -rugió el engendro del averno- ¿Eres consciente de cuál será el castigo a tu insolencia?

Edipo, sintiendo que todos los pelos de su cuerpo se erizaban, respondió con voz firme:

-Vengo a retarte, en defensa de Tebas.

Sorprendida, la Esfinge advirtió:

-Muchos otros lo intentaron antes que tú, y hoy sus huesos blanquean en las lindes de los caminos. ¿Acaso pretendes correr su misma suerte?

-No, puesto que yo adivinaré el enigma.

Perpleja ante el inesperado arrojo de su interlocutor, la Esfinge tardó unos segundos en responder.

-Está bien, pero ya sabes lo que te aguarda en caso de fallar.

-Y lo que te aguarda a ti en caso de que yo acierte. -contraatacó con audacia el tebano- Adelante, monstruo, plantéame el enigma.

Irritada por el atrevimiento de su insignificante rival, la Esfinge recitó con su voz cavernosa:

-*¿Cuál es el ser, entre todos los que alientan sobre la faz de la Tierra, que camina a cuatro patas al alba, con dos al mediodía y con tres al atardecer?*

-Espera un momento, bicho. -respondió Edipo con arrogancia al tiempo que abría el ordenador portátil que llevaba bajo el brazo- Ahora vas a ver, listilla. -añadió, al tiempo que tecleaba en el buscador de Google: "*Cuatro patas. Dos patas. Tres patas*"...

-¡Mierda! -exclamó furioso al ver que éste le daba un total de 392 entradas diferentes.

-Muchacho, lamento mucho tener que decirte que la respuesta "*Mierda*" es incorrecta. -ronroneó con suavidad la Esfinge antes de abalanzarse sobre su víctima para estrangularla con sus poderosas garras.

LA FALLA DE TROYA

¡Quién les iba a decir a los arrogantes aqueos, agotados tras años de dura lucha, que la genial idea de Odiseo de construir un caballo de madera, en cuyo interior se ocultarían los cuarenta valerosos guerreros encargados de burlar las poderosas murallas troyanas, acabaría desatando una auténtica catástrofe!

Claro está que la culpa no fue de Odiseo. En realidad su plan era perfecto, y en circunstancias normales habría engañado a los confiados troyanos haciéndoles creer que la enorme construcción era el reconocimiento de la derrota por parte de sus encarnizados enemigos, al tiempo que un homenaje a los dioses protectores de la ciudad de Ilión.

Para desgracia suya, entre los capitanes que habían defendido Troya del tenaz cerco se encontraba un guerrero llegado del remoto Occidente, donde el vinoso Ponto lame las costas de la enigmática Iberia. Este caudillo, príncipe poderoso de una ciudad llamada Valentia, mostró su regocijo ante el presente de los aqueos, explicando a sus aliados que en su lejano reino los homenajes a los dioses se realizaban prendiendo fuego a unas grandes construcciones de madera que allí llamaban fallas. Así pues, propuso que el gran caballo fuera incendiado allí mismo, a las puertas de Troya, como parte principal de la magna hecatombe con la que los troyanos celebraron la victoria.

Enardecidos por la celebración y ebrios de vino y gloria, ninguno de los participantes en la ceremonia oyó grito alguno procedente del interior del caballo, aunque algunos de ellos sí creyeron percibir un cierto olor a quemado cuya procedencia atribuyeron a la carne de las reses sacrificadas en honor de los dioses.

EL ÚLTIMO CENTAURO

Perimedes era un centauro. Pero no un centauro cualquiera sino el último centauro, único representante vivo de su otrora orgullosa estirpe. Exterminados por los lapitas tras una cruenta batalla, los hombres les habían dado por extinguidos de la faz de la Tierra, pero Perimedes había sobrevivido, de forma milagrosa, al holocausto de su raza.

Dado por muerto por sus enemigos al quedar su lacerado cuerpo oculto entre los cadáveres inertes de sus infortunados compañeros, Perimedes había conseguido abandonar penosamente el campo de batalla, una vez que los lapitas se hubieron retirado para celebrar su victoria, refugiándose en un bosque cercano donde, gracias al auxilio de unas compasivas ninfas, pudo sanar de las graves heridas que padecía.

Pasado algún tiempo y ya recuperado, a la par que consciente del peligro que corría si era descubierto por sus implacables enemigos, llevó una vida errante por las regiones deshabitadas del orbe, sin más compañía que los no siempre amistosos seres que habitaban en los bosques y las montañas. Era plenamente consciente de su condición de último centauro, pero no se acababa de resignar a ello. En especial anhelaba poder contar con una compañera, una centáuride que le permitiera hacer más llevadera su soledad y, quién sabía, quizá también tener hijos con los que devolver a la raza de los centauros su derecho a habitar en la Tierra.

Pero las centáurides habían sido siempre apenas una leyenda esquiva para sus congéneres, todos ellos hermanos entre sí al ser fruto de la impía unión entre su padre Centauro, a su vez hijo de Ixión y de la nube Nefele, y una manada de yeguas magnesias. Todos los centauros que Perimedes había conocido eran machos y, aunque entre ellos se incitaban mutuamente a emprender la búsqueda de sus homólogas femeninas, en la práctica solían conformarse persiguiendo a las yeguas salvajes que tenían el infortunio de cruzarse en su camino.

Perimedes nunca los había imitado. Consideraba bárbaras estas costumbres, y consciente de que jamás sería aceptado por una mujer, para las cuales él era tan sólo un abominable monstruo, siempre había alentado la esperanza de encontrar una centáuride.

Los centauros eran una raza longeva, y Perimedes tenía por delante muchos años para buscarla. Y así lo hizo, siempre atento a los rumores que corrían por los bosques y los desiertos que se extendían más allá del orbe habitado por los hombres. Ora una ninfa, ora un sátiro, ora una náyade, de vez en cuando le informaban de la posible existencia de una centáuride más allá del horizonte, siempre más lejos. Perimedes era consciente de que en muchas ocasiones le mentían para verse libres de su presencia, que muchos consideraban

una amenaza, pero pese a ello seguía porfiando con tenacidad en la búsqueda que constituía la única razón de su existencia.

Pasó mucho tiempo y pasaron también muchas vanas esperanzas, hasta que un día, en una remota región por la que no se atrevían a internarse ni los más intrépidos semidioses, una vieja arpía que allí habitaba le confirmó la existencia de un ser, mitad mujer, mitad yegua, más allá de las escarpadas montañas que servían de lejano horizonte a su cubil. Habían sido muchas las veces que a Perimedes le dijeron algo similar, pero en esta ocasión se sintió inclinado a creer al monstruoso engendro simplemente porque ésta no tenía nada que temer de él, sino más bien al contrario. Así pues, se despidió de su informante y emprendió el largo y trabajoso camino que le conduciría hacia su destino.

Una vez allí descubrió que, a diferencia de las desoladas regiones que había atravesado durante su largo peregrinar, las montañas servían de refugio, a modo de pétreo joyero, al paradisíaco valle que se abría en sus entrañas. Extasiado por vez primera en muchos años Perimedes trotó feliz por la fértil llanura, se bañó voluptuoso en el cristalino lago y yació sosegado a la sombra de un venerable roble mientras comía el generoso fruto de los numerosos matorrales que crecían por todos lados.

Fue entonces cuando la divisó, apenas una fugaz sombra que se escondió temerosa en la espesura. Era ella, tenía que ser ella. Apenas si había vislumbrado el movimiento que su precipitada fuga originó en el denso follaje, pero para él fue suficiente. Enderezado sobre sus cascos, galopó a toda velocidad en busca de su huidiza esperanza.

Por fortuna para él, y pese a no conocer el terreno, era más rápido que la centáuride, por lo que tras una agotadora carrera pudo alcanzarla al fin cuando ésta, detenida su huida por una abrupta pared rocosa que le cerraba el camino, se volvió de frente, protegiendo sus espaldas, en un desesperado ademán de estéril defensa.

Pero Perimedes no deseaba hacerle el menor daño, por lo que le sonrió al tiempo que, encabritándose, detenía de golpe su desenfrenado galope manteniéndose a una prudencial distancia de la criatura... para mudar la sonrisa en una aterrada expresión de asombro.

Efectivamente se trataba de un ser que, al igual que él mismo, reunía en un mismo cuerpo características humanas y equinas. Y también era una hembra, de eso no cabía la menor duda. Pero para desolación suya, algún dios cruel había decidido que la proporción fuera justo la opuesta a la deseada: la centáuride, si es que se le podía seguir denominando así, poseía un escultural cuerpo de mujer rematado por una cabeza de yegua.

Durante un tiempo que semejó ser una eternidad ambos seres se miraron fijamente a los ojos, humanos los unos y equinos los otros, sin intercambiar palabra alguna. ¿Para qué hacerlo? Ambos eran plenamente conscientes de lo que les había deparado el destino.

Al cabo Perimedes abatió la cabeza y, girando en redondo, retornó por donde había venido abandonando el idílico valle sin volver ni una sola vez la vista atrás. Hubiera sido una crueldad, para él y para ella, haberlo hecho. Mejor era así, asumiendo con entereza su destino.

Dicen que la historia del centauro Perimedes ocurrió hace ya muchos años, en los tiempos de los abuelos de los abuelos de nuestros abuelos. Y afirman los cuentos que durante las frías noches de invierno narran las viejas al calor de la lumbre, que en algunas ocasiones todavía es posible vislumbrar, perfilada en el ensangrentado horizonte del ocaso, la doliente figura de un centauro que galopa sin freno hacia nadie sabe donde.

UN TRABAJO DE HÉRCULES

-¿Nombre?

El funcionario de la oficina de empleo estaba malhumorado, y no se molestaba en disimular su disgusto. No le faltaban motivos para ello: de entre todos los empleados encargados de atender al público, le había tenido que tocar a él la china de bregar con esa especie de gorila, un gigantón de aspecto tosco y brutal, que se hallaba sentado enfrente suyo; y desde luego, tampoco ayudaba demasiado que su único atavío fuera una mugrienta y pestilente piel de vete a saber qué animal, o que hubiera dejado apoyado en el borde de la mesa un grueso y amenazador garrote sospechosamente parecido a la porra del Rey de Bastos y que no tenía aspecto de ser utilizado por su dueño precisamente para apoyarse al caminar.

Aunque lo peor de todo era el intenso olor que emanaba del individuo... que no era precisamente a rosas.

-Tengo varios -gruñó el gigantón con tono gutural, articulando dificultosamente las palabras-: Heracles, Hércules, Alcides, Melkart, Ogmios... pero puede poner Hércules, que es como soy más conocido.

-¿Apellidos?

-¿Qué? ¡Ah, sí! No... no tengo apellidos, aunque si le sirve de ayuda soy hijo de Zeus -proclamó orgulloso.

-Está bien -suspiró el funcionario conteniendo a duras penas las arcadas ante las continuas oleadas de efluvios corporales que fustigaban su nariz-. Pondré Hércules Zeus -era evidente que no estaba demasiado ducho ni en mitología clásica ni en el sistema patronímico utilizado por los antiguos griegos, aunque sí estaba sobradamente familiarizado con los estrambóticos nombres esgrimidos por muchos demandantes de empleo extranjeros.

-¿Profesión? -volvió a preguntar en tono aséptico.

-Yo... soluciono problemas -fue su desconcertante respuesta, al tiempo que acariciaba la porra.

-¿Problemas? ¿Qué clase de problemas? -el funcionario se encontraba cada vez más molesto.

-¡Oh, pues de todo! -y soltó una estentórea carcajada cuyos efectos colaterales, en forma de nauseabunda halitosis, acabaron de rematar a la castigada pituitaria del sufrido empleado-. Me llaman, me dicen lo que tengo que hacer... y yo lo hago. Así de sencillo.

Y volvió a reír antes de que su interlocutor tuviera tiempo de retirar la cara, preocupado como estaba por haberse convertido, muy a su pesar, en el foco de atracción de todos los ocupantes de la vasta sala.

-"O sea, un matón" -se dijo para sus adentros una vez fue capaz de reaccionar-. "Y ahora, ¿qué hago yo con este tío?".

Jurando mentalmente en arameo, se armó de paciencia y explicó:

-Lo siento, pero necesito que me especifique en qué consistieron sus trabajos y quienes fueron sus empleadores; a no ser, claro está, que disponga de su vida laboral... porque en el ordenador no aparece nada con el nombre que usted me ha dado.

-Bueno... -meditó el gigantón haciendo notorios esfuerzos por exprimir sus neuronas- han sido muchos, pero ha pasado mucho tiempo desde entonces. Déjeme recordar. A ver... sí. Maté al león de Nemea; ésta es su piel, por cierto -explicó orgulloso exhibiendo su repelente atavío-. Maté a la Hidra de Lerna, capturé a la cierva de pezuñas de bronce, capturé al jabalí de Erimanto, limpié los establos del rey Augías, maté a los pájaros del lago Estínfalo, capturé al toro de Creta, robé -nueva carcajada- las yeguas de Diomedes, el cinturón de Hipólita, el ganado de Gerión y las manzanas del Jardín de las Hespérides, y hasta saqué de los infiernos a Cerbero delante de las mismísimas narices de Hades. Además maté a varios gigantes, entre ellos el invulnerable Anteo; separé las dos rocas del estrecho que desde entonces empezó a ser conocido por mi nombre -al llegar aquí abombó el impresionante pecho-, derroté en combate al mismísimo Ares, participé en la expedición de los Argonautas, fundé varias ciudades que con el tiempo acabarían siendo famosas, creé los Juegos Olímpicos... ¿Le parece poco? -interpeló con gesto torvo a su interlocutor al apreciar el ademán escéptico de éste.

-Yo... no me interprete mal -musitó con un hilo de voz el desgraciado administrativo, que en ese momento nada hubiera deseado más que la tierra se abriera bajo sus pies y se lo tragase; ¿dónde demonios estaba el vigilante?-. No dudo en absoluto de su... ¡hum! valía, pero necesito... necesitaríamos -se corrigió- los documentos acreditativos de todos esos trabajos que usted ha solicitado, con objeto de incorporarlos a su expediente.

-¿Documentos?

-Sí, papeles, certificados... algo que justifique que usted realizó realmente esos trabajos.

-¿Acaso duda de mi palabra? -rugió el gigante en tono amenazador al tiempo que asía la empuñadura de la porra.

-Yo, no... en absoluto -musitó con un hilo de voz su atemorizado interlocutor al tiempo que se encogía cuanto le era posible en su asiento- . Es que son las normas...

-Pues vaya normas más idiotas -resopló el anfitriónida soltando el arma-. ¡Claro que no tengo papeles! ¿Cómo voy a tenerlos, si ni siquiera se habían inventado entonces? Cuando yo mataba a un monstruo lo que hacía era cortarle la cabeza, desollarlo o quedarme con alguna parte suya que me pudiera servir de trofeo, y cuando robaba algo eso mismo era lo que me servía como prueba; aunque en realidad nunca fue necesario, ya que la fama de mis hazañas siempre me precedía. Pero papeles... -bufó desdeñoso.

-Está bien, no se preocupe, de momento le inscribiré como demandante de primer empleo y lo otro ya lo arreglaremos más tarde -contemporizó el funcionario, impaciente por quitarse el muerto de encima.

Y siguiendo con el cuestionario, preguntó:

-¿Edad?

-Urgg... eso es difícil de saber -reconoció el olímpico-. No recuerdo mi fecha exacta de nacimiento, entonces la gente no se preocupaba demasiado por estas cosas, pero calculo que debió de ser hace aproximadamente unos tres mil cuatrocientos años, siglo arriba o abajo.

“Edad, cincuenta años”. Tecleó el administrativo en su ordenador, cuidándose mucho de que se enterara ese energúmeno. ¡Tres mil cuatrocientos años! ¿Acaso le había tomado por un imbécil?

Y ante el mudo asentimiento del interpelado, continuó:

-Ya casi hemos terminado -sería difícil saber cual de los dos lo deseaba más-. Ahora necesito que me diga en qué desea trabajar, o bien aquello para lo que cree que posee mayor experiencia o destreza.

-Yo... La verdad es que no tengo preferencias, siempre me adapto a lo que me piden... bueno, la verdad es que disfruto mucho cazando monstruos o capturando bandidos... -concluyó el semidios sonriendo de oreja a oreja.

-Monstruos no deben de quedar ya muchos -respondió el empleado en un inesperado arranque de cinismo-, y los pocos que todavía pudiera haber lo más probable es que estén catalogados como especies en peligro de extinción, y hayan prohibido su caza. Y en cuanto

a los bandidos, mucho me temo que estando como están metidos en la política, no sea tampoco demasiado fácil meterles mano.

Pero como su interlocutor parecía ser bastante duro de mollera, y además tampoco resultaba conveniente hablar demasiado mal de los políticos en su centro de trabajo, interrumpió bruscamente sus reflexiones en voz alta. Viendo que Hércules le miraba con perplejidad, añadió:

-Bueno, en realidad no tiene demasiada importancia; como no puedo asignarle un perfil especializado, le abriré un expediente como demandante de trabajos sin cualificación. Lo malo es que la oferta de este tipo de empleos es cada vez más reducida...

-¿Entonces? -preguntó el gigantón.

-Estoy mirando a ver qué pudiera ofrecerle, pero no le puedo prometer nada; las cosas están muy mal últimamente. Supongo que su principal habilidad estriba en la fuerza física, ¿me equivoco?

Difícilmente podía hacerlo viendo los poderosos bíceps del visitante... pero un poco de diplomacia nunca estaba de más.

-Bien -continuó explicado, tras dar por aprobatorio el mutismo de su interlocutor-. Para vigilante jurado no hay nada... Portero de discoteca, tampoco. Guardaespaldas no, para ello necesitaría una licencia que supongo no tiene. Veamos descargador en el mercado central... ¡Vaya, sólo quieren a menores de cuarenta años! Boxeador... ¡hum! El tema está de capa caída, e incluso llevan tiempo amenazando con prohibirlo...

Se quedó pensativo durante unos instantes y añadió:

-Quizá como militar... normalmente suelen preferir gente más joven, pero al parecer ahora andan muy mal de reclutas; además, con su físico sería una estupidez rechazarle. No en una unidad corriente, claro está, pero quizá usted pudiera tener cabida en la Legión o en algún otro cuerpo de élite similar.

-Olvídelo -rezongó el desempleado-. Ya lo he intentado, y me respondieron que ya habían pasado los tiempos en los que el Ejército necesitaba carne de cañón. Al parecer, ahora hasta el último soldado debe tener una preparación técnica de la que yo carezco. Con lo bien que me manejaba yo con mi clava... -suspiró al tiempo que acariciaba la empuñadura de su gigantesca porra.

-Pues vaya... esto nos cierra la última puerta, me temo.

-Quizá no -sonrió Hércules mostrando su desastrada dentadura-. Se me acaba de ocurrir una idea. Pero usted no podrá ayudarme, ya que es algo que se escapa de su competencia.

-Bueno, si usted lo dice... -condescendió el funcionario, satisfecho al vislumbrar la posibilidad de quitarse el muerto de encima- no obstante, ya sabe que estamos aquí para todo cuanto pudiera necesitar.

-¡Oh, gracias! -exclamó el gigante antes de soltar otra de sus estentóreas carcajadas-. Pero si sale bien, no tendré que venir a molestarles de nuevo. Y no se preocupe; si tiene interés por mí -el empleado no lo tenía en absoluto, pero prefirió dar la callada por respuesta- le aseguro que se enterará por los periódicos.

"¿Qué pretenderá hacer este cabeza de chorlito?" -se preguntó su interlocutor; en cualquier caso no era problema suyo, por mucho calibre que pudiera tener su futura barrabasada.

Y satisfecho como estaba por haber conseguido lidiar el embrollo, despidió amablemente al grandullón. Eso sí, en cuanto éste traspuso la puerta, corrió a llamar a la señora de la limpieza para que desinfectara el asiento que había ocupado.

* * *

Pasó el tiempo. El probo funcionario se había olvidado por completo de su pintoresco visitante, pese a que durante los primeros días se viera obligado a soportar las rechiflas de sus compañeros. Pero un día, al abrir el periódico...

Era él, no cabía la menor duda; su aspecto físico era inconfundible, incluyendo la sonrisa bobalicona, por más que ahora apareciera embutido en un traje pretendidamente elegante -y sin ningún género de dudas caro- que, pese a los presumibles esfuerzos del sastre, le sentaba exactamente igual que un frac a un gorila. También coincidía el nombre, Hércules, aunque el apellido había variado; ahora aparecía como Joviano, a saber por qué. Pero eso era, en el fondo, algo que no le importaba.

Lo que sí le llamó la atención, y mucho además, fue que el pobre patán, aparentemente, había logrado ver hecha realidad su promesa... con pingües resultados además, a juzgar por su aspecto.

La noticia de la que se hacía eco el periódico era que el nuevo concejal de Seguridad Ciudadana -el susodicho Hércules- prometía luchar sin contemplaciones contra la delincuencia y el vandalismo que asolaban a la ciudad. "Si es necesario -afirmaba con rotundidad- seré yo mismo quien me líe a garrotazos con toda esa chusma" -concluía. Y tenía toda la pinta de ser sincero.

En ese momento -todavía faltaban algunos minutos para que se abriera al público la oficina- un compañero suyo pasó por su lado y vio la foto por encima de su hombro.

-Oye -preguntó con un cierto tono irónico-, ¿no es ese el fulano apestoso que tuviste que atender hace algunos meses?

Y ante su respuesta afirmativa, continuó:

-Pues parece que ahora no le va nada mal; vaya cómo se lo ha montado el tío metiéndose en política, cuando tenía todo el aspecto de no saber hacer la O con un canuto. Pero no es eso lo peor -continuó-; con un poco de suerte, hasta le acabaremos viendo de ministro.

Agitando con desánimo la cabeza, se encaminó hacia su mesa.

Sí, se dijo el funcionario cerrando el periódico; tal como estaban las cosas el mejor trabajo era sin duda el de político, el único donde carecer de estudios y de currículum no sólo no era un inconveniente sino, en muchas ocasiones, incluso una ventaja. Amén de que, dada la talla intelectual media de quienes gobernaban el país, nada inducía a pensar que ese Hércules, en su nuevo trabajo, fuera a hacerlo peor que muchos otros; puede que incluso hasta lo hiciera mejor, vistos los precedentes.

El reloj marcó la hora y el conserje procedió a abrir la puerta. En la oficina de empleo -otro de tantos eufemismos- comenzaba una nueva jornada. Y, a juzgar por los últimos datos estadísticos, aun maquillados éstos por el gobierno, iban a tener más trabajo -¡qué ironía!- que nunca.

NEGOCIOS INFERNALES

Ilusionado, pero al mismo tiempo amedrentado, el que en vida fuera Glauco el ateniense caminaba titubeante por el sombrío desfiladero subterráneo que conducía hasta las puertas del Hades. En su mano aferraba el óbolo que le serviría para pagar a Caronte el paso por la laguna Estigia, tras la cual se encontraba la entrada al mundo de ultratumba en el que a partir de ahora residiría durante toda la eternidad.

Tras doblar un recodo, apareció frente a él la orilla del tétrico lago. Amarrada a un tosco embarcadero se encontraba la barca, aparentemente vacía. Caronte no andaría muy lejos, se dijo.

Pero no fue así. Cuando llegó hasta el embarcadero, comprobó que allí no había nadie, aunque sí un extraño poste metálico de forma rectangular, con varias luces y botones de colores en su cara frontal.

Perplejo, Glauco se detuvo frente al poste sin saber qué hacer. De repente, una voz de tono monocorde surgió de éste:

-"Deposite sus monedas en la ranura superior y recoja el ticket".

Glauco no tenía la menor idea de lo que el artilugio le estaba diciendo, pero vio que una luz se encendía en torno a un orificio rectangular por el que probó a introducir la moneda. Cabía, y la ranura se la tragó.

Pero no devolvió ningún ticket, fuera eso lo que fuera, sino que volvió a recitar:

-"Cantidad depositada, un óbolo. Faltan por depositar otros dos óbolos".

Esta situación, evidentemente, no estaba prevista, así que Glauco se quedó inmóvil sin saber que hacer. El artilugio repitió varias veces la cantinela y, finalmente, escupió el óbolo por una ranura inferior, cayendo éste en una especie de concha situada bajo ésta.

-"Por favor, recoja su moneda. El importe del peaje son tres óbolos" -insistió el maldito artefacto antes de quedar en silencio.

Glauco hizo lo primero, pero no lo segundo. ¿De dónde iba a sacar el resto del dinero? Sus familiares tan sólo habían depositado una moneda bajo su lengua, ésta era la tradición desde tiempos inmemoriales...

-¿Problemas, muchacho? -inquirió una cascada voz a sus espaldas.

-Yo... -tartamudeó Glauco al tiempo que se volvía para ver al recién llegado, un anciano de luengas barba y cabellera blancas aferrado a un grueso cayado-. Yo no sé...

-Ya -respondió el viejo haciendo un gesto de complicidad-. No sabes manejar este trasto y además no tienes suficiente dinero. ¿Me equivoco?

-Tengo un óbolo para pagar a Caronte, es lo normal...

-Olvídate, chico -hizo un gesto de desdén con la mano-. Desde que privatizaron el servicio, la tarifa oficial es de tres óbolos. Se acabaron los peajes baratos.

-Yo no sabía nada... mis familiares...

-Tampoco, claro. La nueva tarifa lleva poco tiempo puesta, es cierto -rezongó su interlocutor-. Pero al parecer los sacerdotes, allá arriba, siguen sin enterarse pese a las circulares informativas que, dicen, les han mandado. A saber... lo cierto es que la gente sigue llegando aquí completamente despistada.

-Por cierto -preguntó Glauco-, ¿dónde está Caronte? En la barca no hay nadie...

-Soy yo -suspiró el anciano con aire abatido-. Esos malditos concesionarios me dejaron sin trabajo con la excusa de que ya era demasiado viejo para andar cruzando la laguna. ¡Hacerme eso a mis años! Y por si fuera poco no pusieron a un barquero más joven, sino que instalaron en la barca un artilugio automático que, según ellos, hace innecesario que nadie la guíe... ¡como si fuera lo mismo! ¿Sabes las veces que se ha averiado el maldito trasto? Pero, claro está, así todo es ganancia para ellos, mientras que yo me conformaba con los óbolos de los viajeros para ir tirando.

-Entonces... -Glauco estaba cada vez más perplejo.

-Desde entonces me tienes aquí, hijo, sin trabajo ni pensión, vagando como un alma en pena ¡huy, disculpa, no quería ofenderte! por esta maldita orilla.

-Lo siento, señor... -musitó Glauco-. Pero necesitaría saber qué hago ahora.

-¡Oh, chico, discúlpame por haberte aburrido con mis problemas! Tú no tienes la culpa. Lo que quieres es cruzar, claro. Bien, tienes dos opciones. Puedes esperar a que vengan algunos más recién fallecidos, de modo que entre todos podáis reunir el pago del peaje. Antes yo cobraba por cabezas, pero ahora este artilugio lo hace por viajes con independencia del número de pasajeros. Puede parecer una ventaja, pero tiene el inconveniente de que en ocasiones la gente tarda bastante en llegar, sobre todo como cuando ahora no hay guerras importantes y los difuntos escasean. O...

Hizo una pausa para observar ladinamente el gesto de disgusto del viajero y prosiguió bajando el tono de voz:

-Poseo un pequeño esquife que usaba para pescar quimeras en mis ratos de ocio. Lo tengo amarrado tras ese peñasco y, si quieres, te podría cruzar a cambio del estipendio habitual, el óbolo que tienes en la mano. Claro está que es necesaria la máxima discreción ya que, aunque al otro lado no suelen hacer demasiadas preguntas, si la empresa concesionaria se enterara podría denunciarme por competencia desleal... ¡a mí! -bramó.

Poco después, ambos cruzaban las oscuras aguas en la frágil embarcación. Caronte, pese a su fama sombría, contento por haberse embolsado el óbolo resultó ser un interlocutor locuaz.

-¿Tú te crees? -se quejaba a su pasajero- Estos fulanos de la concesionaria han puesto todo patas arriba. Nos han arrinconado a los funcionarios y han puesto en nuestro lugar a unos empleadillos que no tienen ni puñetera idea de lo que es este trabajo y a los que pagan una auténtica miseria, y eso que nuestros sueldos no eran para hacerse ricos... Bueno, en mi caso ni siquiera me han reemplazado por otro barquero, como ya te dije se limitaron a poner un mecanismo automático que está más tiempo estropeado que funcionando.

Escupió con rabia fuera de la barca y continuó con su diatriba:

-A Cerbero también lo quitaron de en medio, con la excusa de que comía mucho por sus tres cabezas; ahora vegeta cuidando ganado. En su lugar pusieron a un recepcionista que en vez de pavor da risa, el cual se limita a tomar tus datos e indicarte el camino hacia la sala de juicios; aunque no suele preocuparse mucho por la forma en que las almas de los muertos hayan llegado hasta allí, por precaución conviene que te deje no en el embarcadero de la otra orilla, junto a su garita, sino en una pequeña ensenada que hay algo más allá y que queda al resguardo de miradas inoportunas. Ya te indicaré el camino cuando lleguemos.

Como Glauco guardaba silencio, el otrora feroz barquero continuó:

-Ni siquiera han respetado a los tres jueces, Minos, Éaco y Radamante. Ahora quienes juzgan a los recién llegados son varios jovenzuelos que van cambiando de forma periódica conforme vencen sus contratos en prácticas; dicen que aceptan sobornos, y de hecho no me extrañaría nada ya que los que vienen aquí bien provistos de ricos ajuares funerarios siempre suelen acabar encontrando acomodo en los Campos Elíseos, con independencia de los méritos o los crímenes que pudieran haber cometido en vida. Eso, claro está -rezongó mientras utilizaba el cayado para apartar el esquife de una peligrosa piedra que sobresalía del agua-, si antes no se han gastado sus bienes en el casino que estos fulanos montaron en el antiguo palacio de justicia con la excusa de que así se podían entretener un rato mientras esperaban que llegara su turno; porque ahora, se me olvidaba decírtelo, los juicios ya no se hacen en el palacio porque, según dicen, era demasiado grande, sino en unas casetas prefabricadas que montaron al lado. ¿Tú te crees?

-Pero... -habló Glauco al fin- ¿Quién ha hecho eso?

-¿Quién va a ser? -explotó iracundo Caronte- Esos dos, Hades y Perséfone, los amos del cotarro. Dicen las malas lenguas que se compincharon con Hermes, ya sabes, el dios de los ladrones, para que éste creara una sociedad que fue la que ganó la concesión por un millón de años, prorrogable, por supuesto... claro está que como titular de la empresa figura un testaferro, el tontaina de Epimeteo, pero todo el mundo sabe que quien está realmente detrás es el sinvergüenza de Hermes a través de su hombre de confianza, el taimado Odiseo, y que Hades y Perséfone se cobran bien cobrados los favores prestados...

-¿Y no se puede hacer nada? -inquirió el joven- ¿Denunciarlo?

-¿A quién? -se mofó Caronte- ¿A Zeus? Es hermano de Hades y padre de Hermes y de Perséfone... además, a raíz de la guerra contra los titanes los tres hermanos, Zeus, Poseidón y Hades se repartieron el botín comprometiéndose a no interferirse en los negocios de los demás...

-Yo estaba pensando más bien en la justicia...

-¿En Temis? No me hagas reír. La pobre es una carcamal a la que nadie hace el más mínimo caso. Además el hecho de ser una titánide, aunque no participara en la guerra contra los olímpicos, hizo que éstos la mantuvieran siempre en un segundo plano puramente decorativo...

-Poca solución hay...

-Así es, muchacho, y no quiero engañarte. Entras en el Hades con las manos vacías, y por muchos méritos que pudieras haber tenido en tu vida mortal... ¡no, no quiero que me cuentes nada, yo no soy juez, sino un simple barquero! -se interrumpió al ver que Glauco pretendía darle explicaciones- lo cierto es que tienes muy pocas posibilidades de que te destinen a los Campos Elíseos. Te enviarán, probablemente, a vegetar a los Campos Asfódelos, pero corren rumores de que, como éstos están cada vez más saturados, podrían estar empezando a enviar gente al Tártaro de forma indiscriminada... pero no te preocupes, personalmente no creo que lleguen a atreverse a tanto. Al fin y al cabo, para que les funcione el negocio éste tiene que gozar de una relativa discreción, y esto último resultaría ya demasiado escandaloso.

Hizo una nueva pausa para acercar la barca a la orilla y continuó:

-Bien, ya hemos llegado. Ten cuidado al bajar, porque el agua está muy fría, y discúlpame si no me entretengo, pero no quisiera que me viera nadie desembarcando viajeros. Si sigues la orilla en esa dirección -señaló con el cayado- llegarás en media hora al punto de recepción de visitantes. Te deseo suerte, hijo.

Instantes después, mientras el antiguo barquero infernal se perdía en la oscuridad que se cernía sobre la ominosa laguna, un perplejo Glauco se encaminaba hacia el lugar que éste le había indicado. Evidentemente, las cosas no iban a ser tal como él hubiera esperado.

LA HISTORIA DE JUAN EL PESCADOR

Juan era pescador. Difícilmente se podía ser otra cosa en la pequeña aldea costera en la que nació, vivía y, muy probablemente, moriría, cuya única actividad posible era la pesca artesanal y a pequeña escala, dado que su minúsculo puerto no permitía el amarre de barcos grandes y las pedregosas tierras del interior, que se desplomaban sobre el mar en abruptos acantilados, eran malas para la agricultura y aun para la ganadería.

Juan tenía una barquita con la que se ganaba la vida al igual que lo hacían la mayoría de los pescadores del pueblo, y con ella sacaba lo suficiente para sobrevivir, para lo cual no necesitaba demasiado dado que pese a su edad, pasada ya con creces la juventud, permanecía soltero y vivía solo y sin familia en una pequeña casa heredada de sus padres.

La razón de su soltería no era otra sino que no le satisfacían las sencillas muchachas del pueblo, a las que encontraba toscas; pero a pesar de que nadie ponía en duda su virilidad, de cara a preservar su intimidad cada vez que alguien le preguntaba por su resistencia a contraer matrimonio él respondía, en tono burlón, que estaba esperando encontrar a una sirena.

Las aguas que rodeaban la aldea de Juan no eran buenas para la pesca. Sí lo eran las de la costa que se abría más allá del promontorio norte, pero las fuertes corrientes y los arrecifes las convertían en peligrosas y eran evitadas por los lugareños. Juan, más audaz o más imprudente que el resto de los pescadores, sí se atrevía a encaminarse con su barca hacia allí, sobre todo cuando los caladeros habituales se negaban a llenar sus redes y él no se resignaba a volver de vacío al puerto.

A las advertencias de sus alarmados -y envidiosos- compañeros, respondía que era cuestión de conocer suficientemente bien la costa y las mareas, y de disponer de una buena barca, para poder faenar sin peligro. No obstante, tan sólo recurría a ello cuando no conseguía una buena pesca en zonas menos peligrosas.

Un día de primavera estaba recogiendo las redes en la costa maldita, tal como la denominaban en el pueblo, cuando algo le llamó la atención. Cerca de la orilla, allá donde una minúscula cala se abría entre los farallones que caían a plomo sobre el agua, vio cómo una aleta caudal de gran tamaño se alzaba en el aire poniéndose vertical antes de sumergirse. La cola no le pareció de pez sino de cetáceo, por su tamaño quizá de un delfín. Pero en esa zona no se solían ver delfines, y menos tan cerca de una costa en la que corrían el riesgo de varar.

“Bien, siempre hay una primera vez”, se dijo más con curiosidad que con interés, puesto que los traicioneros escollos le impedían acercarse hasta el lugar en el que había visto al animal. Nada podía hacer, salvo mirar, tanto si éste volvía a mar abierto como si era

arrojado por las olas a la orilla, y ni siquiera en ese caso sería fácil acercarse hasta allí por tierra para intentar aprovechar su carne antes de que las gaviotas pudieran dar buena cuenta de ella.

Interrumpiendo sus reflexiones el delfín volvió a emerger, esta vez de cabeza. Y la sorpresa de Juan fue mayúscula, puesto que no sabía de ningún delfín que tuviera cabellera y brazos. Aunque la distancia era demasiado grande para poder apreciar los detalles del rostro y el ser se volvió a sumergir inmediatamente, no le cupo la menor duda de que no se trataba de un animal, sino de una sirena.

Cuando volvió a puerto y, excitado, contó su visión, lo único con lo que se encontró fue con escepticismo y burlas. Puede que los pescadores fueran toscos e incluso, en ocasiones, supersticiosos, pero quedaba claro que no creían en cuentos de viejas. Hubo, incluso, quien se mofó de él a cuenta de que ya había encontrado "su sirena" y que al fin podría abandonar la soltería.

Profundamente humillado, Juan decidió no volver a hacer a nadie partícipe de sus descubrimientos, aunque durante bastante tiempo no se atrevió a volver al lugar en el que había atisbado a aquel extraño ser. En realidad, no sabía si temía más las burlas de sus convecinos en caso de ser descubierto rondando por allí, o volverse a encontrar con tan insólita aparición.

Pero un día, transcurridos varios meses y cuando ya casi había olvidado lo ocurrido, optó por doblar el promontorio harto de recoger las redes vacías. Llegó a su caladero habitual, echó las redes... y volvió a ver a su sirena allá en la lejanía, sin poder apreciar sus rasgos debido a la distancia pero comprobando de forma inequívoca que se trataba de un ser humano con cola de pez o, por decirlo con mayor precisión, de cetáceo.

Armándose de valor, Juan se irguió sobre la barca y, gritando y agitando los brazos, intentó llamar la atención de la sirena. Ésta sin duda le oyó, puesto que miró hacia él y, tras unos segundos de vacilación, desapareció bajo el agua.

Cuando volvió al pueblo, su rostro estaba tan demudado que los otros pescadores le preguntaron qué le había ocurrido. Prudentemente ocultó la verdadera naturaleza de su turbación, diciendo de forma atropellada que había estado a punto de chocar contra un escollo al intentar acercarse demasiado a la costa. Esto le valió toda una serie de reconvenciones acerca del peligro de acercarse a esa zona, pero al menos le libró de rechiflas o, aún peor, de ser tomado por loco.

Durante varios días permaneció encerrado en su casa, pero cuando tuvo la necesidad de volver a salir a la mar para ganarse el sustento no lo dudó un solo instante y, desoyendo las llamadas a la prudencia de los demás pescadores, volvió al lugar en el que por dos ocasiones había visto a la sirena. Aunque se negara a reconocerlo sabía que se había

enamorado de ella, convirtiendo en realidad su inocente mentira. Él, por supuesto, desconocía las numerosas historias de amores, generalmente desgraciados, entre hombres y sirenas recogidas en la literatura, pero sentía por este ser de largos cabellos y grácil cola una atracción que desbordaba a su voluntad. Quería que fuese suya, costase lo que costase.

Al llegar al punto en el que podía acercarse más a la costa sin peligro para su frágil navío, vio que ella seguía estando allí. La llamó y en esta ocasión, pudo comprobar con satisfacción, no sólo no huyó sino que le miró con atención aguardando expectante con la mitad del cuerpo fuera del agua. Por desgracia la distancia era mucha y la vista de Juan tampoco era demasiado buena, con lo cual no pudo distinguir sus facciones y ni tan siquiera los detalles de su cuerpo. Pero no importaba. Le esperaba, y con eso bastaba.

El problema consistía en poder llegar hasta allí salvando la barrera de la escollera, ya que ella no parecía mostrar la menor intención de acercarse a él. Sin dudarlo un instante ancló la barca y, tras desnudarse con rapidez, se arrojó al agua. Era buen nadador, por lo que esperaba no tener problemas aunque la resaca podría arrojarle contra alguna de las rocas que sobresalían del agua. Puso, pues, cuidado en evitar las zonas que le parecieron más peligrosas, lo que le obligó a dar un rodeo para acercarse a su destino.

Ella, mientras tanto, permanecía inmóvil dedicándose en apariencia a capturar los peces y otros pequeños animales marinos que sin duda constituían su alimento. Su camino le obligaba a llegar casi paralelo a la orilla, por lo que ahora la veía de espaldas ajena al parecer, o cuanto menos indiferente, a su proximidad.

Cada vez más impaciente, Juan sorteó el último obstáculo llegando a una zona libre de rocas, lo que le permitió nadar con mayor velocidad. La sirena no se encontraba demasiado lejos, quizá a unos cincuenta metros, pero seguía sin poder contemplar su rostro, que imaginaba bello y joven. Latiéndole el corazón como si quisiera salirse de su pecho, Juan dio las últimas brazadas, llegó hasta su amada, la rodeó para verla de frente...

Y su sorpresa no pudo ser mayor. Evidentemente se trataba de una sirena, con la mitad superior del cuerpo similar a la de los humanos y la inferior, aunque sumergida en el agua, en forma de larga cola de pez. Y era real, tan real como él mismo. Pero había algo que no encajaba. Donde había esperado encontrarse a una muchacha de atractivos rasgos y turgentes senos, descubrió un rostro barbudo y un pecho asimismo recubierto de hirsuto vello. Era una sirena, sí, pero de sexo masculino, el cual le miró con curiosidad, pero sin mostrar mayor interés, antes de proseguir con su metódica recolección de comida.

Juan nunca fue capaz de recordar de forma coherente lo que ocurrió entre ese momento y su retorno al puerto. Intuía que, después de su fallido intento, había vuelto a su barca, para de allí dirigirse a casa. Ni siquiera conocía los detalles de su llegada, salvo que despertó, con una fiebre alta, en su cama llevado allí por manos amigas. Cuando se recuperó y llegó la hora de dar explicaciones pudo ampararse en su amnesia, aunque

ocultando todo lo relativo a su encuentro con el extraño ser y dejando creer que se le habían enredado las redes con una roca submarina y que, al intentar desenredarlas desde dentro del agua, había cogido un enfriamiento.

Eso sí, jamás volvería a doblar el promontorio.

CONSULTA MÉDICA

-Lo siento. Lamento mucho tenerle que dar esta mala noticia.

La mujer se rebulló inquieta en su asiento y preguntó:

-Entonces, ¿se confirma?

-Por desgracia, sí. Se trata de un caso extremo de alopecia. Y muy virulento, además.

-¡Alopecia! -exclamó desolada-. Yo tenía creído que se trataba de un problema masculino...

-Bueno... -el galeno, embarazado, se lo explicó-. Aunque la alopecia androgénica es con mucho la más común, también se puede dar en las mujeres. A diferencia de la masculina, que no suele ser patológica sino hormonal, la femenina acostumbra a estar vinculada por lo general a un problema médico concreto, y lo más habitual es que sea reversible siempre que se logre atajar el problema que la provoca. Pero no es su caso, por desgracia... o por suerte, según se mire, ya que la parte buena de la noticia es que no padece usted ningún trastorno grave de salud. Simplemente, se le cae el cabello sin que podamos saber por qué.

-¿De forma irreversible?

-Mucho me temo que sí. Podríamos intentar averiguar las causas de este trastorno, lo más probable bajo mi punto de vista es que se trate de un proceso autoinmune... de lo que estoy convencido, es que no existe manera alguna de pararlo, al menos que yo conozca. Tendrá que irse haciendo a la idea de que en el plazo de unos meses se quedará completamente calva.

-¡No puede ser! -exclamó la paciente horrorizada-. ¡No a mí! ¡El cabello es mi razón de ser!

-Comprendo cómo se siente, pero ya le he dicho que, por desgracia, la ciencia médica es incapaz de hacer nada por evitarlo. No le queda otra solución que aceptarlo... y créame que lo siento, ya que en su caso se trata de algo mucho más grave que en otro cualquiera -concluyó el médico mostrándole las palmas de las manos en señal de impotencia-. Tendrá que recurrir a una peluca, o a cualquier tipo de gorro que le cubra el cuero cabelludo.

-¡Eso no! ¡Jamás me humillaré de esa manera! Arrostraré mi desgracia con entereza, nadie me podrá echar en cara que intento camuflar mi vergüenza. Sé que mi vida cambia de forma radical a partir de este momento, pero confío en que, con la ayuda de mis hermanas, pueda ser capaz de superarlo o, cuanto menos, de asumirlo.

Y levantándose de su asiento se despidió:

-Muchas gracias, doctor, por su ayuda. Sé que ha hecho todo cuanto estaba en su mano por evitarlo.

Tras lo cual, dando media vuelta, abandonó la sala de consulta con paso rápido.

Suspirando profundamente, Esculapio se dijo para sí mismo:

-También es mala suerte que, de entre todas las diosas, ninfas y heroínas, haya tenido que pasarle precisamente a ella, a la pobre Medusa...

Y alargando la vara apartó con la punta a una de las serpientes que se le había caído de la cabeza a la gorgona mientras se hallaba sentada hablando frente a él. No sería la última, por desgracia.

Tras arrinconar al moribundo, pero todavía peligroso ofidio, en un extremo de la sala, colocó delante de él un biombo para evitar que pudiera ser visto por alguno de sus otros pacientes. Aunque pronto se conocería en todo el orbe su desgracia, su juramento deontológico le obligaba a respetar el secreto profesional.

Sentado de nuevo en su sillón, llamó a su ayudante preguntándole quién era el próximo paciente.

-Aquiles el de los pies ligeros, señor -respondió éste.

-¿Qué le pasa?

-Al parecer se torció un tobillo mientras mantenía un combate singular frente a las murallas de Troya.

-¡Mira que le tengo dicho que se cuide los talones! -rezongó el dios de la medicina gesticulando con la cabeza-. Cualquier día nos dará un disgusto si sigue empeñado en comportarse de una manera tan irresponsable. En fin, hazle pasar, no tenemos todo el día. Por cierto -añadió cuando ya su ayudante se retiraba de la estancia-; una vez que haya terminado la consulta, recoge la serpiente que he escondido detrás del biombo y tírala a la basura. Aunque probablemente estará ya muerta ten cuidado con ella, porque sus mordeduras pueden llegar a ser muy peligrosas.

LA VERDADERA HISTORIA DE ULISES Y LAS SIRENAS

Ulises y sus compañeros, tras dejar atrás la isla de Eea residencia de la divina Circe, proseguían su azaroso viaje camino de Ítaca. Mas para ello deberían pasar junto a la Isla de las Sirenas, donde estos maléficos seres atraían con sus cantos a los infortunados navegantes que osaban aproximarse a sus costas.

Siguiendo las instrucciones que le diera Circe, Ulises explicó a sus compañeros el ardid del que se servirían para eludir la trampa tendida por estos monstruos mitad ave mitad mujer: tomando un pan de cera lo partió en pedazos y, reblandeciéndolos, les ordenó que se taparan con ellos los oídos, evitando así que pudieran oír los mortíferos cantos.

Ulises tenía otros planes para él, puesto que deseaba conocer el modo con el que las sirenas atraían a sus incautas víctimas. Así pues, pidió a sus compañeros que le amarraran fuertemente al mástil de manera que no le fuera posible desasirse, instándoles a que bajo ningún concepto le desataran por más que se lo rogara.

Llegados de esta manera a las cercanías de la orilla, las sirenas comenzaron a entonar un sonoro canto que sólo Ulises era capaz de oír:

-¡Ea, célebre Ulises, gloria insigne de los aqueos! Acércate y detén la nave para que oigas nuestra voz. Nadie ha pasado en su negro bajel sin que oyera nuestro dulce mensaje.

Esto dijeron, e intuyendo el peligro dos de sus compañeros le amarraron más fuertemente aún mientras el resto continuaban remando con todas sus fuerzas con el fin de dejar atrás lo antes posible tan peligroso lugar.

Entonces las sirenas, viendo peligrar su presa, arreciaron su canto:

-Ilustre Ulises, disponemos de las últimas novedades en teléfonos móviles, con unas ofertas imbatibles en las mejores marcas. Tenemos también un completo surtido en mobiliario de estilo escandinavo, capaz de satisfacer al cliente más exigente. Te ofrecemos una infinidad de artículos en promoción 3×2, un 5% de descuento en los libros y discos más vendidos, televisiones todavía más inteligentes a precios de fábrica, coches de última gama con una financiación a medida de cualquier bolsillo...

Ulises se retorcía impotente intentando desprenderse de sus ligaduras y suplicando a sus compañeros que le desataran, pero éstos, siguiendo sus instrucciones, le desobedecieron. Viendo las sirenas que sus esfuerzos por atraerle resultaban inútiles, realizaron un último y desesperado intento:

-En nuestra isla dispondrás de la mejor oferta de ocio de todo el orbe, con cientos de restaurantes, cafeterías y discotecas de todos los ambientes imaginables. Podrás disfrutar en Mitolandia, nuestro espectacular parque temático, donde conocerás a todos los dioses; bañarte en playas paradisíacas, jugar en nuestros casinos, asistir a espectáculos musicales con los mejores artistas del momento, ejercitar tus músculos en los mejores gimnasios de todo el Mediterráneo, gozar de las más bellas mujeres de todas las razas...

Mas ninguna de sus artimañas les valió gracias a la astucia de Ulises. Cuando su buque dejó atrás la Isla de las Sirenas y ni sus voces ni sus cantos se oían ya, quitáronse sus compañeros la cera de los oídos y le liberaron de sus amarras, celebrando todos ellos su fortuna.

-Estuvo cerca, ¿eh? -le sonrió Perimedes al tiempo que le alargaba una bota de vino.

-Desde luego que sí -respondió Ulises enjugándose la sudorosa frente-. La verdad es que las campañas publicitarias son cada vez más agresivas y más difíciles de evitar. Dichosa sociedad de consumo...

Tras lo cual volvieron a sus puestos; Ítaca se encontraba todavía lejos, y estaban impacientes por retornar a su patria.

LA VERDADERA HISTORIA DE BELEROFONTE Y PEGASO (I)

Belerofonte estaba preocupado. Ióbates, rey de Licia, le había encargado la difícil misión de aniquilar a la Quimera, el espantoso monstruo que asolaba su reino, lo cual equivalía a una muerte segura. Por suerte Belerofonte, bienquisto de los dioses, había obtenido de éstos la promesa de que podría contar con el auxilio de Pegaso, el fabuloso caballo alado brotado de la sangre de Medusa cuando ésta fue decapitada por Perseo.

Jinete en Pegaso Belerofonte estaba seguro de que lograría vencer al monstruo, pero antes debería capturarlo y domarlo ya que era célebre su carácter indómito. Por fortuna, para ello contaba con una brida de oro que le entregó la propia Atenea, única manera de domeñar al irreductible animal.

Tras una larga búsqueda Belerofonte encontró a Pegaso pastando tranquilamente junto a la fuente de Pirene, cercana a la ciudad de Corinto. El héroe se acercó cauteloso al equino procurando pasar desapercibido hasta poderlo embridar y, una vez que pudo contemplarlo en detalle, su perplejidad no tuvo límites al descubrir que Pegaso no era un caballo, tal como le habían prometido los dioses, sino un vulgar burro, rucio de color, al que le nacían del lomo unas alas membranosas que le daban un aspecto similar al de un gigantesco murciélago.

Profundamente indignado y sin preocuparse en no espantar a su fallida presa, que asustada escapó revoloteando a la torpe manera de los pavos, Belerofonte increpó a los dioses por lo que él consideraba una burla. Tanto fue el escándalo que montó que el gran Zeus, harto de aguantar sus gritos, mandó a Hermes para que le acallara.

La llegada del mensajero de los dioses no aplacó al airado Belerofonte. Al contrario, encontrarse frente a un interlocutor, aunque éste fuera de naturaleza divina, le encrespó todavía más.

-¿Acaso es ésta es la ayuda que me ofrecéis para vencer a tan peligroso enemigo? -le increpó iracundo-. ¿Pretendéis que luche con la Quimera montado en un vulgar jumento que más que volar brinca como si fuera una cabra? Al menos no me humilléis y dejad que me enfrente a la Quimera a cuerpo limpio, aunque esto suponga mi muerte.

-Querido Belerofonte -respondió Hermes recurriendo a su hábil oratoria-, comprendemos tu irritación, y lo lamentamos, pero los dioses no te deseamos ningún mal y hacemos votos por verte triunfador en tan desigual contienda. Para asegurar tu victoria te habíamos asignado como montura a Pegaso, un hermoso alazán capaz de galopar más rápido que el viento y de volar con la majestuosidad de un cisne; pero lamentablemente justo después de ofrecértelo un desgraciado accidente, al correr éste desbocado detrás de una yegua, le causó tales lesiones que nos vimos obligados a sacrificarlo. Y como el tiempo

apremiaba, pues tú ya habías partido en su búsqueda, nuestro buen Hefesto, que como sabes es el experto en ingeniería genética allá en el Olimpo, se vio obligado a improvisar a Pegasasno, que así fue llamado el animal por razones obvias. Ya nos hubiera gustado poder poner a tu disposición otro Pegaso todavía mejor, si cabe, que el perdido, pero eso hubiera demorado demasiado el combate dando lugar a que la Quimera arrasara la totalidad del reino de Lidia y quizá también los vecinos.

-En resumen, que voy a tener que enfrentarme a ese bicho montado en semejante penco... -bufó Belerofonte, nada convencido del cambio.

-Me temo que no quedará otro remedio, pero te puedo asegurar que, con independencia de la calidad de tu montura, seguirás contando con todo nuestro apoyo para exterminar a semejante alimaña.

Dicho lo cual desapareció, retornando al Olimpo, sin darle tiempo al guerrero a agradecerle con ironía la ayuda. Viéndose solo de nuevo, Belerofonte se explayó soltando varias maldiciones y, encogiéndose de hombros, se resignó a su suerte viendo que no existía otra solución posible.

-Y encima tendré que sudar para poder echarle el guante a ese maldito bicho -rezongó para sus adentros-, ya que mis gritos le han espantado y no creo que resulte nada sencillo volverle a pillar desprevenido. ¡Ven, burrito, ven!...

LA VERDADERA HISTORIA DE BELEROFONTE Y PEGASO (II)

Belerofonte estaba preocupado. Ióbates, rey de Licia, le había encargado la difícil misión de aniquilar a la Quimera, el espantoso monstruo que asolaba su reino, lo cual equivalía a una muerte segura. Por suerte Belerofonte, bienquisto de los dioses, había obtenido de éstos la promesa de que podría contar con el auxilio de Pegaso, el fabuloso caballo alado brotado de la sangre de Medusa cuando ésta fue decapitada por Perseo.

Jinete en Pegaso Belerofonte estaba seguro de que lograría vencer al monstruo, pero antes debería capturarlo y domarlo ya que era célebre su carácter indómito. Por fortuna, para ello contaba con una brida de oro que le entregó la propia Atenea, única manera de domeñar al irreductible animal.

Tras una larga búsqueda Belerofonte encontró a Pegaso junto a la fuente de Pirene, cercana a la ciudad de Corinto. El héroe se acercó cauteloso al equino procurando pasar desapercibido hasta poderlo embridar y, una vez que pudo contemplarlo en detalle, su perplejidad no tuvo límites. Porque si bien su cuerpo era el de un hermoso alazán y sus alas, majestuosas, semejaban las de un águila gigantesca, ahí acababa todo parecido con la imagen que de éste tenía. Donde deberían haber estado el cuello y la cabeza se alzaba un torso humano, convirtiéndolo en un centauro alado al cual, a modo de remate, le brotaba en mitad de la frente un recto cuerno de al menos un metro de longitud.

Belerofonte se quedó parado, indeciso apenas a unos metros de la criatura, la cual volvió la cabeza observándole con curiosidad. Finalmente, fue ésta quien rompió el mutuo silencio dirigiéndose a él.

-Vaya, tú debes ser Belerofonte; me dijeron que vendrías a buscarme.

Y viendo que éste hacía ademán de retroceder, continuó:

-No te asustes, no todos los centauros somos enemigos de los humanos. No pretendo hacerte el menor daño, y además vamos a ser colegas en la tarea de exterminar a ese mal bicho que tanto daño está haciendo.

Y uniendo la acción a la palabra trotó hacia el héroe, que permanecía tieso como un palo en mitad del camino, y le tendió amistosamente la mano.

-Yo... -exclamó éste, intentando salir de su estupor al tiempo que la estrechaba con desgana-. Me habían dicho...

-Sí, sé lo que te habían dicho. Y también sé -añadió con un punto de amargura- que te parezco un monstruo. De hecho soy una aberración de la naturaleza.

-Hombre, yo...

-No tienes que disculparte, conozco de sobra la impresión que produzco entre quienes me contemplan por primera vez; pero por desgracia es algo que no puedo evitar. Y todo por culpa de un maldito ayudante de Hefesto al que allá arriba, en el laboratorio de ingeniería genética del Olimpo, se le antojó ponerse a jugar a escondidas mezclando varios patrones genéticos distintos. Al parecer quería ensayar creando un híbrido de todos los seres equinos que había archivados en los bancos de genes, y el resultado fui yo: un PCU o, si prefieres el nombre completo con el que me bautizó semejante cretino, un pegasoide centauriano uniastado... aunque como comprenderás, como el nombrecito se las traía pronto empezaron a llamarme Paco.

-Vaya, lo siento...

-No te preocupes, es algo que ya no tiene remedio. Por supuesto al fulano le echaron a patadas del laboratorio, y no le mandaron derecho al Tártaro por temor a que una vez allí se dedicara a crear mostruitos por encargo de las divinidades infernales; bastantes engendros tenemos ya sueltos por el mundo, empezando por la dichosa Quimera, como para andarles mandando ayuda. Según tengo entendido ahora se encarga de la limpieza del Olimpo, que no veas como se ponen las estancias después de las orgías de los dioses.

-¿Y tú? -logró articular al fin el campeón corintio.

-En un principio no sabían que hacer conmigo, así que me mantuvieron oculto en el laboratorio; no les apetecía que anduviera suelto por ahí, ya que pensaban que les daría mala imagen. Pero las cosas cambiaron cuando recibieron el encargo de crear a Pegaso; con la crisis los recortes de presupuesto han sido brutales, el Instituto no tenía un dracma y a alguien se le ocurrió la idea de que podrían ahorrarse el dineral que hubiera costado el dichoso caballo alado aprovechando que ya tenían a quien podía servir para esos menesteres... es decir, yo. Así pues, aquí estoy para servirte -concluyó, haciendo una reverencia a modo de los caballos domados.

-Pero...

-Sí, ya lo sé, no soy lo que esperabas -reconoció el locuaz Paco-. Pero chico, míralo por el lado bueno. Soy capaz de volar y galopar tan bien o mejor que el verdadero Pegaso, y además tengo dos brazos con los que te podré ayudar a matar a la Quimera. Y como último recurso queda esto -señaló con la mano a su largo cuerno-, con el cual soy capaz de ensartar a quien se me ponga por delante como si fuera una aceituna. Créeme, no te arrepentirás de mi compañía.

-Bueno -se resignó-, supongo que todo saldrá bien...

-¡Por supuesto, colega! -exclamó el centauro con optimismo-. Pero venga, no perdamos tiempo; Lidia está muy lejos y tenemos que cruzar todo el Egeo antes de que se haga de noche. Monta y agárrate fuerte, que vamos para allá.

Así lo hizo el admirado Belerofonte mientras Paco, tras un rápido galope para tomar impulso, se despegaba del suelo agitando las alas.

-¿Sabes? -dijo Paco a su jinete mientras tomaban altura-. Presiento que éste es el comienzo de una hermosa amistad. Es una lástima, y no te lo tomes a mal, que no seas una joven virginal, pero bueno, nadie es perfecto.

IMPORTE EXACTO

Ilusionado, a la par que amedrentado, quien en vida fuera Lisandro el ateniense caminaba titubeante por el sombrío desfiladero subterráneo que conducía hasta las puertas del Hades. En su mano aferraba la moneda que le serviría para pagar a Caronte el paso por la laguna Estigia, tras la cual se encontraba la entrada al mundo de ultratumba en el que a partir de ahora residiría durante toda la eternidad.

Tras doblar un recodo, apareció frente a él la orilla del tétrico lago. Amarrada a un tosco embarcadero se encontraba la barca, con su infernal barquero apoyado indolentemente en la borda. Éste, al verle llegar, se limitó a alargar en silencio el esquelético brazo reclamándole el pago de sus servicios.

Embargado por la emoción, Lisandro depositó la moneda en la palma de la sarmentosa mano. Caronte dobló el brazo, contempló ceñudo la dádiva y se la arrojó a la cara increpándole con rechinante voz:

-¿Acaso no sabes leer, estúpido?

Y señalando un raído cartel que estaba clavado en el mástil añadió:

-Ahí lo pone bien claro, el pago ha de ser por el importe exacto. No damos cambio.

Perplejo, Lisandro miró sucesivamente al iracundo ser del inframundo, al cartel aludido cuyo borroso texto era imposible de descifrar y, por último, a la moneda que recogió del suelo. Era una dracma de plata, es decir, seis óbolos. Evidentemente no tenía manera de saber por qué razón sus deudos la habían colocado bajo su lengua en lugar del tradicional óbolo, la tarifa estipulada para el paso de la laguna Estigia, aunque sospechaba -Lisandro era de familia acomodada- que pudiera tratarse de un fútil gesto de ostentación por parte de su cuñado Tersites, muy dado a los pavoneos. Lo cierto era que el muy imbécil le había complicado la vida... o, mejor dicho, la muerte.

-Pero... ¿qué más da? -objetó Lisandro-. No hace falta que me devuelvas el cambio, puedes quedarte con él. Al fin y al cabo, ¿qué iba a poder hacer yo con esos cinco óbolos? No los necesito para nada.

-Vaya, al parecer el señorito tiene ganas de juega... -bramó el malhumorado Caronte-. ¿Es que tampoco has leído -volvió a señalar el ilegible rótulo- que no se admiten propinas? Menudo es Pluto llevando las cuentas, si se enteran allá abajo de que acepto dinero, son capaces de mandarme a sustituir durante una temporada a Cerbero. No, amigo, ya te puedes guardar esa dracma y hacer con ella lo que más te apetezca. Pero o me entregas un óbolo, y como me has pillado de buenas también admitiría el pago en calderilla de ocho calcos, o te

quedas esperando en la orilla durante cien años, tal como está establecido, para que te pase de balde. Eso o cruzar nadando, aunque no te lo recomiendo dada la fauna que pulula por estas aguas -concluyó con una sardónica sonrisa.

-Esto es absurdo... -rezongó Lisandro. Y, ya en voz alta, preguntó al barquero- ¿Qué quieres que haga?

-Ese es tu problema -le respondió desabrido-. Si quieres, puedes esperar a que lleguen tantos indigentes como óbolos te sobran, por lo que haciendo una excepción, e insisto en que me has pillado de buenas, podría llevaros en un viaje a los seis. Pero no te hagas demasiadas ilusiones -remachó al tiempo que acentuaba la mueca de su rostro-, la última vez que hubo peaje gratis, tal como estipula esa estúpida franquicia secular, fue hace tan sólo unos días, por lo cual mucho me temo que vas a tener que armarte de paciencia hasta que puedas reunir a todos tus invitados... que lo más probable, te lo advierto, es que sean unos compañeros de viaje más bien tirando a poco recomendables.

Y convirtiendo su siniestra sonrisa en una estruendosa carcajada, Caronte se desentendió de él retornando a su indolente postura anterior.

Viendo que nada podría conseguir de su huraño interlocutor, Lisandro se encogió de hombros, guardó cuidadosamente la moneda en previsión de que pudiera necesitarla en un futuro, y se puso a pasear sin prisas por la orilla alejándose del embarcadero. Tiempo no le iba a faltar para hacer turismo, se dijo con resignación.

ETERNIDAD

Los tiempos están cambiando. Mejor dicho, los tiempos han cambiado ya de una manera irreversible. ¿Esto es bueno, o es malo? Resulta difícil decirlo, aunque lo que resulta evidente es que las circunstancias en las que nos movemos, para bien o para mal, son muy diferentes a aquéllas a las que estábamos acostumbrados.

Y el principal cambio ha sido, sin duda, el hecho cierto de que Grecia ha dejado de ser el centro del mundo para convertirse en un trofeo más del insaciable imperialismo romano. Trofeo de lujo, por supuesto, nada que ver con esas atrasadas provincias apenas civilizadas que han contribuido a redondear sus cada vez más extensas fronteras, pero trofeo al fin y al cabo. Grecia, pues, ha perdido de forma definitiva su libertad, esa maravillosa libertad cuya defensa asombró al mundo cuando nuestra pequeña nación le plantó cara al gigante persa, pero que mal entendida fue también responsable de las luchas intestinas que desgarraron a nuestra nación impidiéndole ser todavía más fuerte.

Tuvo que ser un macedonio, es decir, un cuasibárbaro apenas civilizado, quien la unificara a la fuerza acometiendo a continuación la increíble hazaña de someter al imperio persa, y tuvieron que ser asimismo otros cuasibárbaros, los toscos y tenaces herederos de Rómulo y Remo, quienes zanjaran de raíz sus interminables querellas convirtiéndola en una provincia romana donde su voluntad es ley.

Esto ha afectado tan profundamente a todos los griegos que ni tan siquiera nosotros, los inmortales dioses olímpicos, hemos sido capaces de sustraernos al férreo dogal de los advenedizos, pero poderosos, quirites. De hecho, y aunque ellos prometieron respetarnos, lo cierto es que, en vez de venerarnos tal como hubiera sido lo lógico, han optado por asimilarnos a sus toscos dioses aldeanos, algo que inevitablemente habría de herir la sensibilidad de cualquier griego devoto a la par que atenta gravemente contra nuestra propia y divina dignidad.

Pero esto es lo que hay... y para colmo de ignominia, la insufrible burocracia romana determinó que esta asimilación, ya de por sí humillante, había de ser realizada de forma individual, a petición de los interesados, mediante la preceptiva convalidación de nuestra divinidad por parte de un comité formado por sacerdotes de sus principales templos, como si nadie mínimamente cultivado supiera quienes somos nosotros sin necesidad de tener que identificarnos con alguna de sus grotescas divinidades. Y no contentos con ello, nos obligaban además a someternos a un proceso burocrático absurdo y farragoso mediante el cual resolverían, si les placía, en cual de sus dioses nos tendríamos que transformar si queríamos recibir culto en su naciente imperio.

Tamaña osadía generó, como no podía ser de otra manera, un encendido debate entre nosotros. Pero para decepción mía, fueron muy pocos quienes apoyaron mi firme oposición a las pretensiones de semejantes patanes, siendo muchos por el contrario quienes callaron o, todavía peor, propusieron contemporizar con los nuevos amos accediendo a sus impías pretensiones. Su argumento no era otro que la presunción, para mí patéticamente equivocada, de que así podríamos extender nuestro culto hasta mucho más allá del ecúmene, añadiendo los más cínicos que, dada la impiedad cada vez más extendida entre los griegos, ésta sería la mejor manera de recobrar nuestra antigua importancia gracias a los nuevos fieles que esta metamorfosis nos proporcionaría.

El problema, en el cual parecían no reparar, estriba en que nosotros no seguiríamos siendo los dioses olímpicos, sino tan sólo unas burdas caricaturas suyas desdibujadas, por si fuera poco, bajo la identidad de las burdas deidades romanas, lo que tarde o temprano -y esto para alguien inmortal significa inmediatez- acabaría acarreando nuestra inexorable desaparición.

Pero no hubo manera alguna de convencerlos de su error, y al tratarse de un procedimiento individual y no colectivo, lo que demuestra bien a las claras el ladino interés romano en dividirnos para alcanzar sus planes, poco a poco se fueron produciendo defecciones. Cierto es que algunos salieron ganando indiscutiblemente con el cambio, tal como les ocurrió al miserable parricida de Cronos, transmutado en el venerable Saturno, o a Zeus, ese sinvergüenza rijoso que jamás hubiera podido soñar con revestirse de la autoridad y el prestigio de Júpiter; pero no se puede decir lo mismo de la mayoría de los renegados, que incluso se han visto obligados a codearse con dioses tan vulgares como Jano o Vertumno, los cuales jamás habrían sido admitidos en nuestro monte Olimpo.

Y lo peor de todo es que muchos de estos desertores no sólo no reniegan de su metamorfosis, sino que en su desfachatez llegan incluso a jactarse de ella; hace poco me encontré con mi amigo (aunque quizá sería más preciso hablar de ex-amigo) Hermes, ahora transmutado en Mercurio; no sólo me forzó a soportar contra mi voluntad un panegírico de los nuevos tiempos, para él idílicos, sino que por si fuera poco tuvo la desfachatez de intentar convencerme para que lo imitara.

Huelga decir que con tan burda maniobra lo único que consiguió fue reafirmarme en mi negativa a aceptar semejante regalo envenenado. Además yo no soy un dios secundario, ni tampoco un advenedizo recién llegado al Olimpo fruto de un desliz amoroso de alguno de mis frívolos compañeros. No, desde el inicio de los tiempos yo siempre he sido una de las más importantes deidades griegas, tuve una intervención destacada en la lucha contra los titanes y los gigantes e impuse en infinidad de ocasiones mis sabias opiniones a mis no siempre sensatos colegas. Por ello no me importa que ahora me hayan dado de lado abandonándome en este Olimpo fantasmagóricamente vacío. Yo estoy en posesión de la razón, sé que la tengo, y la seguiré defendiendo, aunque sea en solitario, pese a quien pese.

El tiempo me dará la razón, estoy convencido de ello, y cuando esta moda pasajera fracase, todo volverá a ser como antes y mi prestigio se verá de esta manera reforzado. No necesito travestirme de dios romano para sobrevivir, siempre he ostentado orgulloso mi nombre y lo seguiré ostentando para disfrute de mis adoradores. Yo soy el gran dios Epocnos, siempre he sido conocido por este nombre y siempre se me conocerá por él hasta el final de los tiempos. Porque mi nombre es, y será, tan inmortal como lo soy yo.

LA VERDADERA HISTORIA DEL REY MIDAS

Cuenta la leyenda que Dionisos, agradecido con Midas, el poderoso rey de Frigia, accedió a concederle el don de convertir en oro todo cuanto éste tocara con sus manos, lo que para desgracia del codicioso monarca incluía los alimentos que intentaba llevarse a la boca; y que, para evitar morir de hambre, el arrepentido Midas hubo de rogarle al dios que le retirara tan peligroso poder, lo cual le fue concedido tras bañarse en las aguas del río Pactolo.

Pero no fue así. En realidad a Midas le resultó fácil evitar la conversión en oro de sus alimentos, en un principio ordenando a sus servidores que le acercaran la comida y la bebida a la boca, y más adelante calzándose unos guantes tejidos con hilo de este metal, que al no poder convertirse en sí mismo aislaba sus manos de los objetos que tocaba quedando éstos libres de la indeseada transmutación.

No, la razón de la renuncia a su don fue mucho más prosaica, por más que los cronistas de su reino, insatisfechos con ella, trocaran la historia por otra falsa, aunque sin duda mucho más literaria. Lo que ocurrió fue que un día, cuando nadie lo esperaba, apareció en el palacio un inspector de Hacienda con un expediente incoado al haberse detectado que el rey contaba con una fuente de ingresos de origen desconocido, de los que no constaba justificación alguna en su declaración de la renta.

Así pues, el atribulado Midas se vio obligado a normalizar su situación fiscal, lo que costó un buen pellizco a las arcas del reino ya que al pago de los impuestos no satisfechos se sumaron la correspondiente sanción y los intereses devengados. Tras lo cual, para evitar posibles tentaciones futuras, el monarca rogó a su protector divino que le revocara el poder de transmutar la materia en oro, al tiempo que prohibía a sus súbditos, bajo pena de muerte, todo tipo de actividades alquímicas encaminadas a este fin.

En lo que no se ponen de acuerdo los historiadores es si esto ocurrió, tal como relata la leyenda, mediante el citado baño en las aguas del Pactolo, aunque el hecho de que este río arrastre desde entonces arenas auríferas es el principal argumento de quienes opinan que realmente fue así.

LA VERDADERA HISTORIA DE DÉDALO E ÍCARO

Desolado, Dédalo contempló con impotencia cómo su hijo Ícaro se precipitaba al mar tras haber perdido las plumas de sus alas, reblandecida la cera que las sujetaba por el calor del sol al que imprudentemente se había aproximado desoyendo sus consejos.

Resignado ante lo inevitable, el fugitivo emitió un suspiro y continuó con su largo viaje huyendo del cruel Minos, no sin antes asumir su responsabilidad en la trágica muerte del muchacho.

"Esto me pasa por haber comprado las piezas de las alas en un bazar chino. Nunca más volveré a cometer este error".

Y cumplió su promesa.

LA VERDADERA HISTORIA DE HELENA DE TROYA

La ira de Menelao se hacía sentir en toda Esparta. El ingrato Paris, traicionando su hospitalidad, había seducido a su esposa, la bella Helena, huyendo con ella a la corte de su padre, el rey Príamo de Troya.

Agamenón, el poderoso rey de Micenas, viajó a Esparta para ayudar a su hermano a vengarse de los troyanos, prometiéndole que no cejarían en su empeño hasta que no lograran traer a Helena de vuelta a Esparta.

-¡Y a mí qué me importa esa z****! -le espetó el burlado esposo-. ¡Que se la quede Paris, se la regalo! Menudo favor me hizo ese miserable llevándosela lejos de Esparta; yo ya estaba hasta la cimera de ella y de sus continuos caprichos, pero no sabía como quitármela de encima.

Ante la sorpresa de Agamenón y de todos los presentes, continuó:

-Pero la muy sinvergüenza se llevó todas mis tarjetas de crédito, dejándome sin liquidez. ¿Cómo voy a poder hacer frente ahora a los gastos del reino? Lo único que pretendo es recuperar mis tarjetas, sobre todo la Hélade Express Gold, ellos dos me traen completamente sin cuidado. Pero verás -remachó con sarcasmo- lo poco que tarda en hartarse de aguantarla.

Y así fue como comenzó la guerra de Troya.

LA VERDADERA HISTORIA DE LA CAJA DE PANDORA

Cuando el audaz Prometeo robó el fuego a los dioses para entregárselo a los mortales, Zeus, profundamente irritado por su osadía, decidió castigar a la humanidad por semejante sacrilegio urdiendo un taimado engaño. Para ello, encargó a Hefesto que moldeara A una mujer, Pandora, a la que los dioses dotaron de todas las cualidades de que podía disponer un humano.

Zeus entregó a Pandora a Epimeteo, el incauto hermano de Prometeo, quien la convirtió en su esposa. Como regalo de bodas Epimeteo recibió de Zeus una caja con la condición de que no la abriera bajo ningún concepto. Pero Pandora era curiosa y, deseosa de conocer su contenido, aprovechó un descuido de su esposo para abrirla.

Nunca lo hubiera hecho. La caja contenía todos los males del mundo y, apenas liberados de su encierro, comenzaron a esparcirse por el mundo. Los primeros en aparecer ¡cómo no! fueron los políticos, seguidos por los inspectores de Hacienda, las entidades bancarias, los jefes despóticos, los burócratas, los fanáticos de toda laya, los vendedores por teléfono, los programadores televisivos, los usuarios de las redes sociales, los tertulianos radiofónicos y televisivos, los periodistas deportivos, los inventores de los sistemas automáticos de atención telefónica, los vecinos cargantes, los promotores de comidas de trabajo, los cantantes de reguetón y otras músicas caribeñas, los artistas contemporáneos, los músicos dodecafónicos, los críticos de arte, cine y literatura, los directores ególatras, los poetas inescrutables, los novelistas plúmbeos, los arquitectos con ínfulas, los niños malcriados, los padres de los niños malcriados, los perros chillones, los dueños de los perros chillones, los usuarios de teléfonos móviles en los transportes públicos, los virtuosos del ruido, los parientes imbéciles, los patanes maleducados, los caraduras, los que aparcan en doble fila, los pelmazos que siempre te caen delante, los responsables de los hilos musicales de las tiendas y tantos otros especializados en amargarnos la existencia.

Una única cosa quedó encerrada en la caja cuando la espantada Pandora acertó a cerrarla: la esperanza en que algún día la humanidad pueda llegar a librarse de semejantes incordios. Lamentablemente, la esperanza sigue férreamente encerrada en el interior de la caja y no está previsto que pueda salir de ella en mucho, pero que mucho tiempo.

LA VERDADERA HISTORIA DE ORFEO EN EL INFIERNO

Orfeo, el gran cantor tracio, estaba desesperado. Había perdido a su amada Eurídice, muerta por la mordedura de una serpiente venenosa, tras lo cual la vida ya no tenía aliciente alguno para él.

Lejos de amilanarse, urdió un audaz plan para rescatar a su esposa de los lúgubres dominios de Hades apoyándose en su inigualable arte. Entraría cantando al inframundo y convencería a los dioses infernales para que le permitieran volver a la tierra de los mortales acompañado por Eurídice.

Pero para ello debería elegir bien la música que ejecutaría sin parar hasta lograr que su petición fuera atendida. Y, tras largas reflexiones, optó por lo que consideraba más conveniente para sus fines: una combinación de punk, rap, trap, hip hop, reguetón, salsa, bachata, merengue, bakalao, tecno-pop, rock duro, heavy metal y otros estilos igual de insoportables . Y los resultados fueron los esperados, ya que la mayoría de los habitantes del inframundo se apresuraron a reclamar al propio Hades que pusiera fin a tan infernales -así los denominaron- ruidos.

Éste mandó llamar a Orfeo, que en ningún momento había dejado de tocar y cantar atronadoramente, conminándole a parar bajo la amenaza de... no, se contuvo a tiempo, no podía condenarlo al infierno para toda la eternidad, eso sería demasiado. Así pues, le rogó cortésmente que retornara lo antes posible al mundo de los vivos considerando, con razón, que sólo así su reino podría recobrar el sosiego perdido.

Orfeo accedió con una única condición: que le permitiera llevar con él a Eurídice, lo que concedió el exasperado dios con tal que desapareciera de su reino, exigiéndole a su vez que jamás volviera a aparecer por allí.

Marcharon, pues, Orfeo y Eurídice felices por su reencuentro; pero el vate, temeroso de una mala jugada del traicionero Hades, continuó con su insufrible recital mientras desandaban el camino que les conduciría a casa.

Con lo que no contaba Orfeo, y en esto radicó su perdición, fue que la propia Eurídice, harta también de sus desaforados gritos, se plantó cuando ya estaban llegando a la salida negándose a continuar con semejante tortura para sus oídos.

Su esposo, sorprendido, le respondió que bastaría con salir de allí para acabar con el recital, pero ella le respondió que no se fiaba de él y que, para mayor seguridad, prefería quedarse en el infierno, donde al menos podría llevar una vida -era un decir- sosegada y tranquila.

Así fue como Orfeo hubo de renunciar a rescatar a su amada y retornó solo y caricacontecido del reino de los muertos. Lo que no relatan las crónicas es si volvió a repetir su concierto infernal durante los años que le quedaron de vida, aunque algunas fuentes antiguas afirman que fue despedazado por las ménades enviadas por Dionisos para acabar con sus cantos. Como medida de precaución, Zeus colocó a su lira entre las constelaciones del firmamento para que nunca más pudiera recuperarla alterando de nuevo la paz en el universo.

LA VERDADERA HISTORIA DE PROMETEO (I)

-Póngase en pie el acusado.

Así lo hizo éste, haciendo tintinear las gruesas cadenas que lo atenazaban al levantar su fornido cuerpo.

Temis, la diosa de la justicia, hizo lo propio blandiendo la espada de la firmeza en la mano derecha mientras sostenía en alto la balanza, símbolo de la ecuanimidad, con la izquierda. Arropada por un absoluto silencio, dictó la inapelable sentencia.

-Titán Prometeo, hijo del titán Japeto y de la oceánide Clímene. Has sido acusado del grave delito de robar el fuego a los dioses para entregárselo a los mortales burlando la voluntad de Zeus, señor del Olimpo. ¿Admites la acusación?

-Admito que tomé el fuego del Olimpo y se lo entregué a los mortales, oculto en una caña hueca -respondió el titán con estentórea voz-. Pero niego haberlo robado. No se puede robar lo que nos pertenece a todos.

-¿Ignoras acaso, insolente titán, que el fuego fue descubierto por el divino Hefesto y que éste, como legítimo propietario suyo que era, lo custodiaba en su forja de donde tú lo tomaste sin su permiso y sin respetar sus derechos sobre la patente?

-¿Patente? ¿Cómo se puede monopolizar algo que es un patrimonio común de todos, divinos o humanos, inmortales o no? ¿Acaso patentó Urano el aire del cielo? ¿O Poseidón el agua del mar? ¿O la madre Gea la tierra que nos sostiene? Si alguien no respetó los derechos no fue sino Hefesto, apoyado por Zeus, al negar a los mortales los beneficios del fuego cuando desde tiempo inmemorial han podido gozar libremente de los otros tres elementos. esenciales ¿A qué razón se debe, pues, esta diferencia?

-¡Calla depravado sacrílego! ¡Calla si no quieres ser fulminado por un rayo del todopoderoso Zeus! -tronó la diosa justiciera-. Urano, Gea y Poseidón, cuyos nombres has tomado inicuamente en vano, rehusaron ejercer los derechos de propiedad a los que legalmente tenían derecho por razones que sólo a ellos competen, y su voluntad ha de ser respetada. Pero asimismo ha de respetarse la del divino Hefesto, que decidió mantenerlos.

-¡Pero eso supuso un grave perjuicio para la humanidad al privarla de los beneficios del fuego!

-Nunca se pretendió tal, y tú deberías saberlo. Los mortales siempre han podido beneficiarse el fuego siempre y cuando fueran respetados los derechos de explotación de la patente, de la cual es titular el divino Hefesto, mediante el pago de las correspondientes

regalías. Pero lo que no se puede tolerar es que se apropiaran de él sin abonar las tasas establecidas, ya que esto constituye un delito contra la propiedad intelectual conforme a las leyes del Olimpo. Es por esta razón por la que el tribunal te considera culpable de él en grado de cooperación necesaria.

Dirigiéndole ahora todos los presentes en la sala, Temis tronó como sólo un dios podíae hacerlo:

-Titán Prometeo, en castigo por tu delito este tribunal te sentencia, en ejercicio de los poderes que le han sido otorgados, a compensar al divino Hefesto con una cantidad equivalente a la correspondiente al lucro cesante que le ha sido causado, cuyo montante será determinado por una comisión de expertos nombrada por este tribunal. Asimismo se te ordena indemnizarlo con una cantidad equivalente al treinta por ciento de este montante y se te impone un multa de otro treinta por ciento que habrás de satisfacer a la Hacienda Olímpica, respondiendo de ellas con tus bienes y los de tus derechohabientes.

"Bien, se dijo Prometeo, la cosa no ha sido tan grave como me temía, no resultará demasiado difícil enjugar esta cantidad".

-Ítem -continuó la diosa- este tribunal determina que sufras un castigo ejemplar en aras de evitar posibles tentaciones que te pudieran arrastrar a una reincidencia futura, así como que pudieras ser objeto de imitación por terceros. Por ello, decreto que seas encadenado en la peña más alta del Cáucaso y que allí un águila te devore perpetuamente las entrañas. Agentes Bía y Cratos, haced cumplir la sentencia.

Tras lo cual dio por cerrado el juicio. Prometeo, atónito y anonadado por la dureza del castigo, se dejó arrastrar sin resistencia por sus dos hercúleos cancerberos, maldiciendo la hora en la que sintió simpatía por esos enanos rastreros que ni siquiera habían sido capaces de mostrarle gratitud.

Pero ya era demasiado tarde para arrepentirse.

LA VERDADERA HISTORIA DE PROMETEO (II)

Tras salvar mil peligros y tramar otros tantos ardides, el audaz Prometeo había conseguido burlar a los dioses robándoles el fuego para entregárselo a los mortales.

Exultante por su proeza, se dirigió al palacio del rey Cebríones, a quien había elegido para hacerle ofrenda de tan preciado don.

Encontró al monarca sentado en la sala del trono y, saludándole alegremente, le ofreció el fuego que conservaba en el interior de una caña hueca.

-¡A buenas horas! -le espetó éste-. Anda, que si hubiéramos estado esperando a que nos lo trajeras, todavía seguiríamos tallando piedras y pintando bisontes en las cuevas.

Dicho lo cual, sacó del bolsillo de la túnica un grueso cigarro que encendió con un mechero de gasolina, aspirando con fruición el humo.

-¡Pues sí que estamos apañados! -rezongó el frustrado semidios arrojando al suelo la caña que pisoteó con furia hasta apagar el fruto de su robo-. Si lo llego a saber, a estos desagradecidos gusanos les había traído el fuego su padre. Ya sólo faltaba que encima me pillaran los dioses y me castigaran por ello.

LA VERDADERA HISTORIA DE PENÉLOPE Y ULISES

Cuando Ulises volvió a Ítaca tras muchos años de ausencia, encontró a su esposa Penélope asediada por una pléyade de pretendientes que aspiraban a ocupar su trono, mientras su hijo Telémaco, al que había dejado siendo un niño para marchar a la guerra de Troya y convertido ya en un hombre, retornó de su larga e infructuosa búsqueda por tierras lejanas ayudándole eficazmente a deshacerse de ellos.

Una vez recuperados su reino y su esposa, descubrió con sorpresa que ésta le mostraba orgullosa a su segundo hijo, Telégono, un bigardo quinceañero que le saludó con desgana antes de volver a enfrascarse en sus cosas.

Desconcertado, Ulises comenzó a calcular -con los dedos, ya que las matemáticas nunca se le habían dado demasiado bien- los años que llevaba fuera de casa: diez en la guerra de Troya y otros diez dando tumbos por medio Mediterráneo -bueno, no todo había sido malo durante todo ese tiempo, se dijo esbozando una sonrisa-, veinte en total. Restándoles los nueve meses de un embarazo... no, no le salían las cuentas.

Ulises interrogó con la mirada a Telémaco, escabulléndose éste con un gesto con el que intentaba *a mí no me mires, yo no tengo nada que ver en este asunto*, por lo que repitió la muda pregunta a su esposa

Ésta sí le respondió.

-¡Oh, mi héroe! Eres sin duda el más viril de todos los aqueos. Llevaba yo más de cuatro años guardándote mi virtud cuando se me apareció Hermes en sueños para comunicarme que, por decisión del divino Zeus, quedaría embarazada de ti sin necesidad de que yaciéramos juntos, ya que entonces te encontrabas empeñado en la dura tarea de sojuzgar a los pérfidos troyanos. Y así, nueve meses más tarde di a luz a tu segundo hijo, al que llamé Telégono por haber sido engendrado a distancia.

Y haciendo un mohín añadió:

-¿No dudarás de mí, ¡oh, esposo mío!, cuando tú mismo pudiste comprobar con tus propios ojos como rechazaba a los pretendientes que me acosaban, engañándolos con la treta del inacabable tejido.

-Está bien, te creo -zanjó éste, todavía confuso-. He recobrado mi reino y a mi familia, y esto es lo único que en realidad importa.

Dicho lo cual mandó llamar a los fieles Eumeo y Filetio para que le ayudaran a realizar una inspección general de la isla; mucho se temía que habría bastante trabajo que hacer después de tantos años de abandono.

Mientras tanto, Penélope permanecía sumida en sus reflexiones.

-Marcha a ejercer tus responsabilidades, esposo mío, y goza de la fama de ser el más astuto de los aqueos; engañaste a los troyanos y al cíclope Polifemo, pero yo te engañé a ti. ¿Acaso creías que no me iba a enterar de tus asuntos con esas pelanduscas de Calipso, Circe, Nausícaa, y tantas otras? ¡Si hasta pretendiste liarte con las mismísimas sirenas! Así pues te he pagado con tu misma moneda sin que llegaras a sospechar de mi fidelidad, y date por satisfecho de que no haya sido tan promiscua como tú. Y si no llegas a aparecer de repente, me habrías encontrado casada con alguno de los pretendientes a los que asesinaste, así que todavía puedes darte por contento; serían menos fuertes y menos astutos, pero eran más jóvenes, más apuestos y más agradables que tú, viejo chivo.

LAS TRIBULACIONES DE CUPIDO (I)

Ser el médico de los dioses tiene sus ventajas pero también sus inconvenientes, si bien tanto las unas como los otros derivan de nuestra condición de inmortales.

Las primeras radican en que al no enfermar, puesto que la inmortalidad también confiere una salud perfecta así como la eterna juventud, como cabe suponer mis pacientes me dan poco trabajo: algún empacho por írseles la mano con el néctar y la ambrosía, torceduras de tobillos y muñecas y cosas por el estilo. Nada importante, aunque por mucho que insisto no consigo que estos cazurros tengan más cuidado.

Los inconvenientes consisten en que muchos de ellos cuando están aburridos, algo que suele ocurrirles con frecuencia, han cogido la costumbre de venir a molestarme para desahogarse conmigo contándome sus cuitas, que dicho sea de paso poco me suelen importar bastante poco. En resumen me utilizan como paño de lágrimas y como psicoanalista, algo que jamás me ha gustado y para lo que tampoco estoy preparado, puesto que cuando los griegos mortales me conocían como Asclepio y los romanos como Esculapio todavía habrían de pasar muchos siglos hasta que naciera ese maldito Freud, al que deseo que arda en el infierno cristiano hasta que éste se enfríe; y si bien a estas alturas los dioses olímpicos carecemos desde hace mucho de adoradores humanos, mis pacientes aprovecharon que el Éufrates pasaba por Babilonia para apuntarse a la moda del psicoanálisis, que dicho sea de paso aborrezco sobre todo si me toca ejercer de psicoanalista.

Pero como en todo el Olimpo no cuento con ningún otro colega que me ayude, me toca pechar con todas sus manías de enfermos imaginarios y sus neuras, que no son pocas. Algunas veces incluso he tenido la tentación de proponer al Comité Olímpico, nuestro parlamento, que promulgue una ley que permita fichar médicos, psicólogos e incluso al mismísimo Freud en los empíreos o en los infiernos, preferiblemente en estos últimos, de la competencia; pero siempre me he echado atrás ante el convencimiento de que no me harán el menor caso. Mientras estos comodones tengan el problema resuelto, aunque sea a costa mía, no mostrarán el menor interés en una mejora de la cobertura, así que a fastidiarse tocan.

Y de quejarse a Zeus ni pensarlo, menudo patán que tenemos como jefe supremo interesado únicamente en practicar el lanzamiento de rayos y en perseguir a cuanta hembra, divina o mortal, se le ponga por delante; bueno, sin hacer tampoco ascos a los jovenzuelos de buen ver. Hasta se rumorea que incluso las divinidades infernales femeninas han recibido de vez en cuando sus visitas, y no será porque resulten precisamente atractivas.

En fin, vayamos al grano. El último sapo que me he tenido que tragar vino de las manos, o de las alas de Eros-Cupido, un dios por lo general discreto que se limita a ir a lo suyo sin molestar a los demás. De hecho, fui el primer sorprendido por su visita a mi consultorio.

Aunque no mantengamos una amistad estrecha hemos sido alguna vez compañeros de farra y acabábamos cantando Atenas patria querida, y nos apreciamos mutuamente. En realidad es uno de los dioses más populares en el Olimpo, ya que tiene la habilidad de caerle bien a todo el mundo y siempre está dispuesto a echarte una mano cuando lo necesitas; los dioses olímpicos no somos vestales y, salvo algunas pocas recalcitrantes como Atenea, Artemisa o Hestia, a todos nos gusta correrno nuestras juerguecillas.

He de añadir que Cupi, como le llamamos familiarmente, es uno de los pocos habitantes del Olimpo que siguen teniendo trabajo allá abajo, y no poco, aunque éste se encuentre ya completamente desvinculado de su original naturaleza religiosa; la nuestra, se entiende. Pero esto es algo que a él no le importa y, como me ha explicado en más de una ocasión, disfruta con ello puesto que le permite librarse de la pesadez de las relaciones sociales de aquí arriba. Y eso que desde hace siglos sufre la competencia de advenedizos tales como un tal Valentín que ni siquiera puede justificar su verdadera identidad, puesto que son tres de ese nombre los que se la disputan sin la menor prueba; meros impostores a los que incluso sus propias autoridades religiosas desautorizaron borrándolos de su santoral. Pero todo vale con tal de hacer negocio aun cuando se trate de competencia desleal.

Tras los pertinentes saludos de rigor, pasó a contarme sus cuitas. Cuitas de verdad, no las niñerías bobas de muchos de los nuestros.

-Como sabrás -confesó abatido, con las mustias alas colgando como pingajos- yo desarrollo mi labor prácticamente entre los mortales, puesto que los de aquí hace ya mucho que decidieron ir por libre sin recurrir a mis servicios profesionales, pese a las innegables ventajas de contar con el asesoramiento de un experto... allá ellos. Sí, de vez en cuando deidades de poca monta como alguna ninfa o un sátiro, estos últimos son repulsivos pero es mi obligación atenderlos también, vienen a mí para que les resuelva sus cuitas amorosas; pero no es lo normal. Tampoco me preocupa mucho -reconoció-, llevo ya mucho tiempo dedicado a intermediar entre los mortales, y no me quejo de como me van las cosas.

-¿Entonces? -le pregunté intrigado.

-Los tiempos cambian, y no siempre precisamente para bien -suspiró.

Viendo su tendencia a irse por las ramas, le apremié.

-¿En qué consiste tu problema? Sospecho que tiene que ver con tu estado de ánimo que, a juzgar por las apariencias, no parece ser el mejor.

-No te equivocas. Padezco una crisis laboral que me está afectando anímicamente. Mucho, además -reconoció.

-Pues tú dirás -me resigné a otra sesión de confesionario-. ¿Vamos al diván?

Él asintió en silencio, levantándose de la silla para dirigirse a la sala vecina donde tenía instalado mi consultorio para estos casos: un diván para el paciente, la butaca en la que me sentaba yo y una decoración neutra para evitar despistes innecesarios. Ni el propio Freud lo hubiera criticado.

-Cuéntame -le invité una vez que ambos estuvimos acomodados en nuestros respectivos asientos.

Puesto que yo no usaba cuaderno de notas -los inmortales disfrutamos de una memoria perfecta-, pero en algo tenía que entretener las manos, acostumbraba a juguetear con una réplica en oro de mi báculo regalo de Hefesto, la cual tenía la peculiaridad de que la serpiente se movía como si estuviera viva. Esto relajaba a mis pacientes, o al menos yo lo creía así.

-Verás, no quiero que me interpretes mal -titubeó-, no soy ningún puritano ni, por mi profesión, podría serlo después de todo lo que he visto. En realidad ninguno de nosotros lo somos, a excepción de las de siempre.

Hizo una pausa y continuó:

-Y mucho menos frente a los hábitos sexuales de los mortales, mucho más simples que los nuestros y también menos imaginativos, aunque hay que reconocer que dadas sus limitaciones fisiológicas tampoco podrían imitarnos aunque lo intentaran.

Reprimiendo mi impaciencia como buen psicoanalista que, pese a mis reticencias, intentaba ser, le animé a sincerarse con la fraseología típica del gremio que no es necesario, por sabida, repetir aquí.

-En resumen -se abrió al fin- yo estaba más que acostumbrado a todas las posibles variantes de la sexualidad humana, no sólo a las relaciones homosexuales sino también a aquéllas que en un momento u otro se habían considerado perversiones o cuanto menos extravagancias: sadomasoquismo, intercambio de parejas, orgías, bestialismo... nada, en definitiva, capaz de suscitar más que una leve sonrisa a nuestros experimentados dioses.

»La cosa cambió cuando hace algún tiempo surgió la moda de la diversidad sexual y comenzaron a brotar como setas presuntas variantes tales como bigénero, trigénero, pangénero, agénero, intergénero, transgénero, xenogénero, tercer género, género fluido, andrógino, neutro, demiboy, demigirl, no binario, epiceno, asexual, intersexual, polisexual,

pansexual, omnisexual, ceterosexual, queer... y alguna más que se me olvida. ¡Y se supone que tengo que atender a todos ellos! -concluyó abrumado.

Yo, que me había perdido a mitad de la lista cuyos términos desconocía en su mayor parte, entendí el problema de mi amigo. Y luego dirán que los dioses estamos mucho más allá de la inventiva humana; ni el propio Zeus, capaz de metamorfosearse en toro, águila, cisne, lluvia dorada, nube o cualquier otra cosa que se le antojase, sería capaz de tamaña imaginación. Y le compadecí. Claro está que esto no iba a decírselo.

Pero tuve que interrumpirle ante si empeño en describirme con pelos y señales las peculiaridades de cada una de estas variantes sexuales, o de género como me explicó que se autodefinían sus integrantes.

-Yo intenté atenderlos lo mejor posible, como siempre he hecho -me aseguraba-. Pero por más que me esforzaba no había manera humana ni divina de acertar; ¿cómo hacerlo con alguien, pongo por ejemplo, cuya orientación sexual varía, según él, de día en día? Y éste era sólo un caso de los muchos problemáticos que se me planteaban. Al final, dejaba tras mi paso un reguero de descontentes y yo acababa con la moral por los suelos, cuando siempre me había sentido orgulloso de mi trabajo.

-Te entiendo -le consolé al tiempo que me rascaba la nariz con la punta del báculo-. Y si quieres que te sea sincero, la única solución que encuentro es que te tomes unas vacaciones. No demasiado largas, tan sólo un siglo o dos, pero este tiempo servirá, además de para tranquilizarte, para dejar que las cosas se asienten y las aguas vuelvan a su cauce. Estoy pensando en mandarte al cielo de los cristianos, un sitio tranquilo quizás un tanto aburrido, pero ideal para una cura de reposo.

Viendo su gesto de sorpresa añadí, sabedor de por donde iban los tiros: se trataba de quienes nos habían arrebatado a todos nuestros fieles, por lo que no caían precisamente simpáticos en el Olimpo.

-No tiene nada de particular. Aunque no tengamos relaciones diplomáticas con ellos, nuestra guerra hace ya mucho tiempo que terminó y no hay razón para que sigamos ignorándonos. De hecho mantenemos contactos discretos en diversos campos, y uno es el de la medicina; andan bastante escasos de profesionales y la mayoría de ellos como Cosme, Damián o Pantaléon se han quedado bastante anticuados, sobre todo en el campo de la psiquiatría. Así pues, les echo una mano cuando me lo piden y en consecuencia me deben algunos favores.

-No sería mala idea -admitió confuso-. Pero no puedo abandonar mi trabajo durante tanto tiempo, son muchos los que me necesitan...

-Podríamos hacer un intercambio; tú te vas a descansar y aquí nos mandan un sustituto. No es que les sobren expertos en temática amorosa tal como la entendemos nosotros, pero

quizás lo que haría falta es dar un golpe de timón siquiera temporal, para facilitar que desapareciera la confusión actual.

-Creo que tengo el candidato perfecto -concluí tras haber efectuado un rápido repaso mental-. Un tal Jerónimo, que estoy seguro de que aceptará ya que lleva siglos aburriéndose. Tiene un carácter un tanto adusto, pero pienso que sería lo más apropiado en estas circunstancias; un tipo duro con las ideas claras y mucho prestigio entre los suyos.

Me levanté del sillón, dejé encima de éste el báculo y le animé:

-Vamos, te invito a un trago de néctar. Conozco un sitio donde ponen unas tapas de ambrosía que están de muerte, y mira que eso es difícil para nosotros -reí intentando quitarle hierro al asunto.

LAS TRIBULACIONES DE CUPIDO (II)

Cupido, el dios del amor y del deseo, escuchaba atónito a Mercurio que, en su condición de mensajero oficial de los dioses, le había entregado la rescisión del contrato que durante milenios había regulado su trabajo.

-¡Pero no puede ser! -gemía el dios alado que, lejos de la creencia popular, distaba de ser un niño alado, sino un mocetón bien proporcionado-. ¡Júpiter no puede hacerme esto!

-Pues ya ves que lo ha hecho, y a mí no me líes porque yo me limito a transmitirte su decisión inapelable -respondió el taimado dios, que no por casualidad era también el protector de los mercaderes, los ladrones y los políticos-. Y si no estás conforme, ve a quejarte a él.

-¡Como si eso fuera a servir para algo! -se lamentó el interpelado-. Sabes de sobra que nunca pasaría el filtro de la burocracia joviana, no por casualidad la puso en manos de lo más taimado y retorcido de los reclusos infernales seleccionados por el propio Plutón.

-Por probar nada se pierde -se burló el ladino Mercurio, que en salvaguarda de su reputación callaba su condición de adiestrador de estos funcionarios.

-No hurgues todavía más en la herida -le recriminó el cesante-. Sé de sobra que resultaría inútil; ni el propio Hércules pudo con ellos. Pero a lo que sí tengo derecho es a que se me comuniquen los motivos reales de mi despido, ya que aquí sólo dice "*a causa de su insuficiente productividad*".

-¿Te sorprende? ¿Deseas consultar las estadísticas de tu trabajo comparando el número de clientes tuyos actuales con los de tiempo atrás? Tienes perfecto derecho a ello sin necesidad de importunar a Júpiter, que bastantes responsabilidades tiene ya.

-Bueno... -dudó Cupido-. Sí, quizás hayan bajado últimamente, pero depende de con cuando los compares. Hay que tener en cuenta que nuestros fieles disminuyeron enormemente desde que apareció la competencia monoteísta, aparte de que a mí me perjudicó personalmente un tal Valentín al que Plutón se lleve. Pero ninguno de nosotros está libre de este problema, ni siquiera el propio Júpiter.

-Cierto -respondió Mercurio agitando impacientemente el caduceo-. Pero este factor, dado su carácter general, fue tenido en cuenta en tu productividad laboral, por lo que no tuvo ninguna influencia en la decisión.

-¿Entonces?

-La explicación es simple: tu pérdida de resultados a la hora de crear nuevas parejas se debe en su mayor parte a la proliferación de páginas de citas en internet. Dicho con otras palabras, los mortales ya no te necesitan para ligar entre ellos... ni para todo lo demás -concluyó con un gesto pícaro.

-Pero lo que yo ofrezco es amor romántico, no esas cosas de mal gusto... -protestó Cupido.

Tiempo después de que el humillado ex-dios del amor abandonara el despacho de Mercurio, las estruendosas carcajadas de éste todavía resonaban por todo el Olimpo.

RACISMO

-Hija, comprendo tus sentimientos, pero eso que pretendes no puede ser.

-¿Por qué no puede ser? -protestó la joven-. Hilias es un buen chico, no sé qué puedes tener en contra suya. Además tenemos mucho en común, nos entendemos y nos queremos.

-Praséome, sé sensata. No es de los nuestros, pertenece a otra raza. No es bueno que las razas se mezclen. Recuerda la guerra que sostuvimos con los lapitas, en la que fuimos diezmados y expulsados de nuestras tierras ancestrales.

-¿Y qué? -porfió la tenaz centáuride-. No es un lapita, ni tan siquiera un humano, y desciende directamente del honrado Pegaso, con cuya estirpe jamás hemos tenido el menor problema.

-Pero entre ellos y nosotros hay muchas diferencias, hija mía. Y tu madre opina lo mismo. ¿Acaso no hay jóvenes centauros en los que fijarte, que has tenido que encapricharte de un... -se interrumpió a tiempo- ser con el que no tenemos nada en común?

-¿Cómo que no? Es cuadrúpedo como nosotros.

-Sí, pero tiene cabeza de caballo en lugar de torso humano, careces de manos... y además es alado. ¿Te tengo que recordar que tú no puedes volar?

-Para el amor no hay barreras. No volaré, pero él me acariciará tiernamente con sus alas.

-Ni siquiera habla...

-No necesita hablar para transmitirme sus sentimientos, a diferencia de esos cretinos que me propones que por mucho que hablen son incapaces de decir nada mínimamente coherente.

-No podréis tener hijos...

-¿Cómo que no? Con el beneplácito de los dioses todo es posible. ¿No tuvo Pasifae al Minotauro con el Toro de Creta? ¿No tuvieron Hermes y Afrodita a Hermafrodito? ¿No descendemos nosotros mismos del lapita Ixión y de la ninfa Nefele, a la que el divino Zeus creó de las nubes? ¿Por qué no podríamos tener Hilias y yo un bello centaurito alado?

Su padre pensó que también podrían tener como descendencia un centauro sin alas y con cabeza equina, pero prudentemente calló sus temores.

-Hija, sé razonable. Yo me comprometo a buscarte un joven centauro capaz de satisfacer tus inquietudes, pero por favor, olvídate del pegaso. Somos muy pocos los de nuestra especie, y es nuestro deber perpetuarla.

-Rotundamente no.

-Está bien -suspiró el viejo centauro-. Tú lo has querido. Te prohíbo que vuelvas a ver a ese individuo, y si persistes en tu empeño te encerraré en un lugar al que él no pueda acceder ni siquiera volando.

-Eso lo veremos -retó la centáuride pateando furiosa el suelo con sus cuatro cascos.

INTRIGAS OLÍMPICAS

Hermes llegó preocupado ante el despacho de Ganímedes. Cuando Zeus, encaprichado con él, lo trajo al Olimpo, fue bien recibido por sus moradores excepto por la rencorosa Hera, aunque pronto se descubrieron sus ambiciones cuando, con el beneplácito de su enamorado raptor, suplantó a la gentil Hebe en su labor de copera de los dioses.

No contento con ello, el ambicioso Ganímedes comenzó a intrigar aprovechándose del apoyo incondicional de su todopoderoso protector, logrando también el puesto de secretario del rey de los dioses. No se trataba de un cargo oficial y nunca hasta entonces había existido, pero desde éste él hacía y deshacía a su antojo disponiendo a voluntad de los cada vez más atribulados, y en bastantes casos indignados, dioses olímpicos sin distinción alguna de categorías.

Lo cual, lógicamente, trocó si no en hostilidad, sí en antipatía la actitud hacia él de los perjudicados, que le consideraban un advenedizo sin escrúpulos. Pero bajo el manto protector del Padre de los Dioses, que no veía sino por sus hermosos ojos y sólo oía lo que éste le quería decir, al tiempo que disfrutaba con las pataletas de su divina esposa, Ganímedes acabaría siendo el auténtico Rasputín del Olimpo, hasta el punto de que nada se podía hacer o deshacer en la residencia de los dioses sin su consentimiento.

Y ahora le había tocado el turno a él. Hermes, por su propia naturaleza, sabía manejarse en los ambientes más complicados o escabrosos, no en vano era el patrón de los mercaderes y -quizás no fuera tan diferente- de los ladrones, mientras su tarea como mensajero de los dioses le había dotado de un indiscutible don de gentes. Asimismo había evitado los choques con el omnipotente valido, lo cual, y a diferencia de otros colegas suyos menos diplomáticos o menos pacientes, le había permitido escurrir el bulto allá donde ellos habían tropezado con consecuencias poco agradables.

Pero la política de invisibilidad, que tan buen resultado le hubiera dado hasta entonces, parecía haber llegado a su fin... porque una llamada de Ganímedes a su despacho no solía barruntar nada bueno.

Hermes no era ningún cobarde, por lo que entró con decisión en la guarida del favorito tras llamar protocolariamente a la puerta y se apostó frente a él preguntándole con sequedad qué deseaba.

La viborilla, por el contrario, le recibió con una sonrisa tan amplia como falsa, invitándole a sentarse frente a él.

--¡Hola, Hermes, estoy encantado de saludarte! Te vendes caro últimamente, no te he visto por ninguna de mis fiestas. Pero siéntate, hombre, entre compañeros sobran los

cumplidos. ¿Quieres una copa de néctar? Tengo reservada para los amigos un ánfora gran reserva que es, y no lo digo en broma, un auténtico manjar de dioses. ¿No? Vaya, lo siento. ¿Qué tal unos pastelillos de ambrosía? Los hornean las ninfas de Tesalia especialmente para mí. ¿Tampoco? Bueno no insisto más.

Su interlocutor, mientras tanto, se había sentado más tieso que un palo en el borde del lujoso sillón, aguardando la llegada de las malas noticias sin deseo alguno de contemporizar con quien consideraba su potencial enemigo.

-¿Para qué me has llamado? -le espetó al fin, tras comprobar que el muy ladino no mostraba sus cartas. Estoy muy ocupado, y no tengo mucho tiempo que perder.

-Bien, entonces, si así lo deseas, iré directamente al grano -respondió el amanerado jovenzuelo disimulando su frustración-. Quería comunicarte que, a partir de ahora, ya no será necesario tu trabajo como mensajero de los dioses.

Hermes tuvo tal sorpresa que a punto estuvo de soltar el caduceo. Se había imaginado muchas cosas, y ninguna de ellas buena, como móvil de la llamada del taimado Ganímedes; pero no esto.

-¿Cómo has dicho?

-Que ya no eres necesario como mensajero -repitió el interpelado ya zalemas-. Este puesto ha sido amortizado por el gran Zeus.

-¡No puede ser!

-Pues te aseguro que lo es. ¿Quieres que te muestre el decreto firmado por su divina mano?

-Pero... ¿por qué? ¿Acaso estaba descontento con mi trabajo?

-¡Oh, no! En absoluto. Al contrario, le consta que lo has ejercido con extrema diligencia y te está muy agradecido. Pero... -añadió jugueteando con la pluma de oro, de águila, por supuesto, que había convertido en símbolo de su rango- este cargo ya no es necesario. No es que te relevemos -se le escapó el plural-, sino que a partir de ahora no va a existir esta tarea.

-¿Por qué? -repitió el dios de los pies alados.

Ganímedes le miró con gesto distraído y, rascándose con displicencia la apolínea barbilla con la punta de la pluma, le preguntó:

-¿Cuántos mensajes has comunicado últimamente?

-Yo... -la flecha había dado en el blanco-. Bueno, algunos. No recuerdo bien el número.

-Te lo diré yo. En lo que va de año tan sólo uno, y porque iba destinado al carcamal de Nereo, que sigue chapado a la antigua; pero como seguramente sabes -el tono irónico era patente- todos los demás dioses se comunican entre ellos, y Zeus no es ninguna excepción, por WhatsApp. El mensajero tradicional ha quedado obsoleto, y hasta el propio Nereo tendrá que rendirse tarde o temprano a la evidencia.

»Pero no te preocupes -añadió viendo la cara que ponía su interlocutor-; no te vas a quedar cesante. Sigues siendo el patrón de los comerciantes, los ladrones, los mentirosos, los viajeros y las almas de los muertos en su viaje a los tenebrosos dominios de Hades... lo cual no es poco. Simplemente, te aliviamos de una de tus múltiples responsabilidades -concluyó en tono de estar esperando un agradecimiento que no llegó.

-Por ahora... puntualizó el desconfiado Hermes.

-Tienes razón; por ahora. Cuando asumí la responsabilidad que el tonante Zeus tuvo a bien encargarme, me encontré con una organización caótica; no me extraña que el Olimpo anduviera manga por hombro. Y sí, mi intención es seguir adelante con su modernización, lo que implicará más supresiones de cargos obsoletos y la reordenación del resto, junto con la creación de servicios basados en las nuevas tecnologías. Por cierto; ¿sabrías decirme quién podría ocuparse de la gestión informática? Quiero que ésta sea el pilar central de la nueva estructuración, pero por más vueltas que le doy no consigo encontrar al dios adecuado.

-¿Por qué no pruebas con las Moiras? -le espetó mordaz-. A ellas se les dan muy bien las cuentas...

-Ya tienen suficiente trabajo -respondió impertérrito Ganímedes sin darse por aludido de la pulla-. Mi intención es buscar algún dios ocioso, pero sigo sin encontrar un candidato idóneo.

-¿Hebe? -el ataque era todavía más directo. La infortunada diosa de la juventud había caído en desgracia tras sus protestas ante Zeus, convirtiéndose en la principal aliada de su madre Hera al frente del partido antiganimediano.

-Su padre tiene otros planes para ella -respondió desdeñoso el ex-príncipe troyano-; la ha elegido para esposa del patán de Heracles, que todo lo que tiene de músculos le falta de cerebro. Y sabiendo como las gastaba cuando todavía era un mortal, mucho me temo que a la jovencita no le va a quedar otro remedio que convertirse una buena esposa dedicada en exclusiva a atenderle; salvo, claro está, en lo que respecta a sus correrías amorosas -rió cínicamente.

-Eso no me incumbe.

-Cierto, pero ¿no podrías ser tú el responsable informático? -le tentó-. Al fin y al cabo se te dan muy bien los chanchullos, por lo que serías la persona idónea sobre todo para manejar las estadísticas y los programas de gestión que planteo implantar. De hecho, me gustaría convertirte en mi mano derecha; tú y yo juntos podríamos hacer grandes cosas.

-Prefiero quedarme como estoy -rechazó hoscamente Hermes que, pese a ser modelo de ladrones, mercaderes y mentirosos tenía su ética y nada quería saber con semejante intrigante; eso sin contar con que la supresión de su labor de mensajería le privaba de una fuente de información muy estimada.

-Está bien -suspiró Ganímedes abriendo las manos-. Nada más lejos de mi intención que forzarte a hacer algo en contra de tu voluntad; pero si cambiaras de opinión, ya sabes donde me tienes.

Mascullando una seca despedida, el dios del comercio se levantó abandonando la estancia. Una vez solo, Ganímedes dejó de fingir cambiando de expresión para mostrar en su rostro ceñudo lo que realmente pasaba por su mente.

-¡Imbécil! Eres necio, soberbio y fatuo; pero ya te arrastrarás ante mí cuando llegue el momento. Tú lo has querido, podrías haber sido uno de los elegidos en el Nuevo Olimpo que pretendo implantar, pero por tu necedad serás uno de los derrotados. ¡Y bien merecido que lo tendrás!

Echando un vistazo al reloj de nube que flotaba perezoso en el aire exclamó:

-Por si fuera poco, ahora me toca aguantar a ese viejo rijoso que pretende ser el rey de los dioses... que disfrute, porque a su reinado le queda poco y él irá a hacer compañía a su padre y a sus tíos los titanes, junto a todo aquél que ose retar mi hegemonía.

Sonrió torvamente y concluyó:

-Será entonces cuando los aedos canten mis hazañas en la Ganimediomaquia y yo sea el amo indiscutido de esta jaula de grillos olímpicos pese a haber nacido como un simple y despreciado mortal.

EL DECIMOTERCER TRABAJO DE HERACLES

Heracles, el gran héroe hijo de Zeus, logró durante su vida mortal multitud de hazañas a cada cual más arriesgada, entre ellas los doce colosales trabajos que le encomendó el rey Euristeo en penitencia por haber dado muerte en un ataque de locura a su esposa Megara y a sus hijos.

Estos doce trabajos habían sido ideados por el taimado Euristeo para que cualquier mortal, incluso el propio Heracles, fracasara en su desempeño, pero para sorpresa suya éste triunfó en todos ellos: mató al León de Nemea, cuya piel le serviría de atavío, y a la Hidra de Lerna, la de innumerables cabezas; capturó al feroz Jabalí de Arimanto y a la Cierva de Cerinea, la de pezuñas de bronce y cornamenta de oro; exterminó a las mortíferas aves de la laguna Estinfalia; limpió los establos de Augías en un solo día; capturó al Toro de Creta; robó las Yeguas de Diomedes, el cinturón de Hipólita, la reina de las amazonas, el ganado de Gerión y las manzanas doradas del Jardín de las Hespérides y, por último, descendió al Hades para capturar a Cerbero, el terrorífico perro tricéfalo, que se llevó consigo burlando al mismísimo dios de los infiernos.

Estos doce logros habrían sobrado para purgar con creces la penitencia por su delito, pero Euristeo, incitado por la diosa Hera enemiga mortal del invencible héroe, recurrió a marrullerías de todo tipo para imponerle un trabajo más, el decimotercero, en un postrer intento de hacerle fracasar y así humillarlo. Y en esta ocasión se aseguró de que éste fuera imposible de superar incluso para los propios dioses.

Así, encargó a Heracles suprimir la intrincada burocracia que controlaba las tareas del Olimpo y el control que sus moradores ejercían sobre los humanos. Parecía sencillo, al menos para los dioses acostumbrados a holgar delegando las tareas cotidianas en sus servidores, los cuales hacían y deshacían a su antojo escudados en la impenetrable coraza de los complejos trámites burocráticos que tan sólo ellos conocían; pero no era mi mucho menos así.

De nada sirvieron las protestas de Heracles alegando, con razón, que había cumplido con creces lo ordenado e incluso había aceptado dos trabajos adicionales más por presuntos defectos de forma de otros tantos de los diez originales; Hera apoyó con fuerza la inhumana imposición y los posibles defensores de su causa, empezando por su padre Zeus, a la hora de la verdad hicieron la vista gorda ya que en el fondo todos estaban incomodados con los arrogantes burócratas por más que no se atrevieran a deshacerse de ellos, pues entonces, ¿quién se haría cargo de su trabajo?

Así pues, Heracles se enfrentó a la titánica tarea de luchar contra la hidra burocrática y, pese a todos sus esfuerzos, ésta resultó ser más resistente que la de Lerna y el resto de los

monstruos a los que había hecho morder del polvo. Finalmente, desesperado y humillado, se vio obligado a renunciar a la victoria reconociéndose impotente ante tan invencible ente.

Pese a ello, no salió demasiado mal librado. Conmovidos los olímpicos por su desgracia, reconocieron la imposibilidad de lograrlo castigando a Euristeo por su perfidia y exonerando al héroe del compromiso adquirido, al tiempo que para evitarle problemas futuros Zeus ordenó que tan lamentable suceso fuera borrado de los recuerdos de los mortales y de los dioses, ya que reservaba para su hijo un lugar en el Olimpo una vez que extinguida su vida mortal se convirtiera en uno de ellos, como efectivamente ocurrió.

Pero ésta es ya otra historia.

PUBLICIDAD OLÍMPICA

CLÍNICA PROMETEO

ESPECIALIZADA EN REGENERACIÓN Y TRASPLANTE HEPÁTICO

SOMOS EL CENTRO MÉDICO MEJOR VALORADO DEL OLIMPO

OLVÍDESE DE LA SALUD DE SU HÍGADO

DISFRUTE SIN TEMOR DE LAS ORGÍAS

Y ACUDA DESPUÉS A NUESTRAS INSTALACIONES

DONDE SE LO VOLVEREMOS A DEJAR COMO NUEVO

RECOMENDADA POR APOLO, ASCLEPIO, QUIRÓN, PODALIRIO, MACAÓN

Y OTROS EMINENTES MÉDICOS Y CIRUJANOS

SATISFACCIÓN GARANTIZADA

VISÍTENOS SIN COMPROMISO

REVISIÓN Y PRIMER HÍGADO GRATIS

Y DE REGALO LLÉVESE UN ÁGUILA

LAS TRIBULACIONES DE HEFESTO

Hefesto, dios de la forja y del fuego, estaba perplejo y desolado.

-¡Pero padre! ¡No puedes hacerme esto!

-¿Cómo que no puedo? -le respondió el altivo Zeus-. Yo soy el rey de los dioses, y puedo hacer cuanto se me antoje. ¿Quién me lo va a impedir? -concluyó cínicamente.

-Pero yo soy tu hijo...

-¿Y qué? Tengo tantos que difícilmente podría acordarme de todos vosotros. Además, mi piedad familiar es nula. Pregunta a tu abuelo Cronos o a mis tíos los titanes, y verás lo que te dicen de mí.

-Padre, no discuto que tuvieras motivos para combatirlos -porfió Hefesto-, pero mi caso es distinto. Siempre te he sido fiel, y he fabricado cuantos artilugios me demandasteis tú y el resto de los dioses olímpicos e incluso los héroes: tronos de oro, tu égida y la de Atenea, las sandalias de Hermes, el cinturón de Afrodita, el carro de Helios, las flechas de Eros, la armadura de Aquiles, el cetro de Agamenón...

-También hiciste de las tuyas, como cuando apresaste a mi divina esposa Hera, tu madre, en un falso trono de oro, o cuando sometiste a escarnio a tus hermanos Ares y Afrodita frente a todo el Olimpo.

-¡Fue para defender mi honor! ¡Afrodita era mi esposa, y me engañó con ese bruto!

-Hijo mío, la fidelidad conyugal es algo que no tiene demasiado valor aquí, deberías aprender de mí -rió Zeus-. Por esta razón, ese escarnio podía haberse evitado.

-En cualquier caso, no tenías motivos para hacerme esto.

-Mis motivos o la falta de ellos son algo de mi exclusiva incumbencia -le recriminó con severidad-. Pero puedo asegurarte que lo tuyo no es nada personal. Simplemente se trataba de algo necesario.

-¿Necesario dejarme sin empleo ni sueldo? Además -remachó a la desesperada- te recuerdo que tengo reconocido un grado de minusvalía por mi pierna tullida, por lo que tengo derecho a determinados beneficios.

-Eso es algo que dictamino yo, me importan un pimiento las leyes de los mortales. Y en este caso, tu reclamación no es de recibo. Te guste o no, he decidido rescindir tu contrato.

-¡Pero por qué? -imploró el habilidoso dios.

-¡Por qué va a ser, pedazo de idiota! -explotó Zeus-. ¡Porque me sale mucho más barato comprarles los inventos a los chinos!

LAS TRIBULACIONES DE ESCULAPIO

Esculapio estaba hasta la punta del báculo de ser el médico de los dioses. Teniendo en cuenta que éstos eran inmortales y, por consiguiente, no padecían enfermedad alguna, su trabajo se limitaba a soportar estoicamente sus aburridos soliloquios, cual psicoanalista *avant la lettre*, para aconsejarlos acerca de sus cuitas, algo para lo que evidentemente no habría necesitado estudiar medicina.

Pero a esto, pese a su desagrado, estaba ya acostumbrado. Lo que le tenía indignado era que le endosaran además el papel de veterinario; pero se trataba de Plutón, una de las deidades más poderosas tras Júpiter, así que quedaba descartado mandar al tártaro a él y a su repulsiva mascota.

Porque de Cerbero, el can tricéfalo, se trataba.

-Ya sé que ésta no es tu labor y que tienes mucho trabajo, por lo cual te pido disculpas -le doraba la píldora el rey de las regiones infernales-. Pero créeme que no tengo a quien recurrir. Mi sobrina Diana me respondió que sólo protegía a los animales salvajes y a la caza, mientras a Fauno sólo le interesan los rebaños. Le pedí a mi hermano que nombrara a un dios tutelar de las mascotas tal como existen en otras mitologías, pero se limitó a remitirme al marrullero de Mercurio, el protector de los burócratas, el cual a su vez me instó a entregar una solicitud al secretario de su gabinete. ¡Se hundirá el Olimpo en el Averno antes de que se tramite! -exclamó iracundo.

-No te preocupes, estoy acostumbrado -ironizó Esculapio haciendo de la necesidad virtud-. Aunque la veterinaria no es mi especialidad, y menos tratándose de un animal tan peculiar. No obstante -añadió al apreciar el fruncimiento de ceño de su irascible interlocutor-, haré todo cuanto pueda.

-Lo dejo en tus manos, pero se trata de algo urgente. El pobre animal no puede seguir así, ya que corre el peligro de volverse loco o de herirse a sí mismo.

-Soy consciente de ello -rezongó Esculapio mirando de reojo a las tres terroríficas cabezas, cuyas tres amenazantes fauces y los seis sanguinarios ojos no invitaban precisamente a acariciarlas.

Intentando ignorarlo, añadió:

-¿Dices que las tres cabezas se pelean entre ellas?

-Así es. Las tres intentan hacerse con el control del cuerpo, pero como las otras dos se oponen, todo acaba en un bloqueo mutuo. En consecuencia, su ferocidad natural se agrava hasta el punto de que hasta a mí me cuesta cada vez más trabajo controlarlo.

En respuesta a las palabras de su amo Cerbero dio un brusco tirón de la correa con la que le sujetaba intentando abalanzarse contra el desprevenido Esculapio, que no pudo evitar dar un respingo pese a hallarse protegido por la mesa de la consulta.

-¿Lo ves? -explicó innecesariamente Plutón al tiempo que sofocaba el embate-. Bien está que amedrente a los condenados, para eso lo diseñaron, pero es que se comporta así incluso conmigo. Hasta Proserpina le ha cogido miedo y le rehúye. Esto es lo único en lo que se ponen de acuerdo las cabezas, el resto del tiempo lo pasan peleándose y ya se han provocado varias heridas, algunas de las cuales habrían sido mortales de no tratarse de un ser inmortal.

-El diagnóstico está claro -explicó Esculapio adoptando su mejor tono profesional-: es un conflicto de competencias al existir tres cabezas intentando gobernar a la vez un único cuerpo. Si una de ellas fuera más fuerte que las otras no habría problema, ya que las dominaría relegándolas a un papel secundario como mover la cola o cosas así, pero como las tres son equipotentes se produce un impasse que acaba provocando trastornos de comportamiento a todas ellas, pudiéndose llegar con el tiempo a una neurosis triple de insospechadas consecuencias.

-Eso ya lo suponía yo -respondió acremente su interlocutor, no dotado especialmente para la diplomacia-. Lo que quiero saber es como solucionarlo.

-Hum... -Esculapio se rascó la parte inferior de la barba con la punta del báculo en un intento de ganar tiempo; sabía de sobra que a Plutón no le gustaría nada lo que le iba a decir-. Tan sólo se me ocurre una cosa: amputar.

-¿Amputar? ¿El qué? -preguntó incrédulo Plutón al tiempo que Cerbero, adivinando aparentemente de lo que se trataba, comenzó a gruñir amenazadoramente por sus tres gargantas.

-¿Qué va a ser? -respondió Esculapio al tiempo que aferraba el báculo de forma que pudiera utilizarlo como arma defensiva si fuera necesario-. Dos de las tres cabezas, por supuesto, de modo que la restante pudiera ejercer un control efectivo del cuerpo sin interferencias ni competencia de ninguna clase.

Si no necesitó recurrir al báculo fue gracias a que la titánica fuerza -al fin y al cabo le venía de familia- de Plutón logró sujetar al indignado can que, como cabía suponer, no estaba en absoluto de acuerdo con tan drástica medida.

-¿No existe otra solución? -preguntó su amo tras conseguir acallarlo, no sin esfuerzos y tras varios bastonazos con su cetro infernal-. Esto supondría mutilar al pobre animal. Además se convertiría en un simple perro, feroz por supuesto pero incapaz de infundir suficiente terror a mis súbditos.

-Tú lo has dicho, existe una incompatibilidad completa entre las tres cabezas. Mientras cada una de ellas siga entrando en conflicto con las otras dos, la situación irá cada vez a peor.

-Pero mutilar al pobre animalito de una manera tan cruel... aparte de que las dos sacrificadas, esa es otra ya que habría que elegir a la superviviente, no morirían porque son inmortales, pero poco podrían hacer separadas de su cuerpo.

-No necesariamente -al astuto dios de la medicina se le había ocurrido una solución-, aunque necesitaríamos el consentimiento de tu hermano, ya sabes lo puntilloso que es en lo referente a sus atribuciones como amo absoluto del Olimpo y sus diferentes secciones, incluida la tuya. Bastaría con clonar el cuerpo dos veces, pero no completo sino tan sólo lo que comparten de cuellos para abajo. Acto seguido trasplantaríamos cada una de las dos cabezas sobrantes a los nuevos cuerpos, de manera que tendrías tres Cerberos cada uno de ellos completo, con su única cabeza y su respectivo cuerpo. Y se acabaron los problemas.

-Ya, pero... -Plutón seguía sin verlo claro-. Si Cerbero causa pavor en mis dominios es a causa de sus tres cabezas, que le diferencian de los perros comunes por muy feroces que puedan ser éstos; al fin y al cabo un monstruo lo es precisamente por su monstruosidad, con independencia de su mala uva.

-Amigo mío, te aseguro que este animal es suficientemente temible por sí mismo con independencia del número de sus cabezas, de hecho hasta a mí me está inspirando temor ahora mismo, y eso que lo tienes bien sujeto. Además, míralo por el lado bueno; serían tres Cerberos, monocéfalos eso sí, pero capaces de acosar a sus presas formando una jauría, algo que no puede hacer ahora. Y por supuesto se acabarían sus trastornos de conducta; se pelearían entre ellos para establecer una jerarquía tal como hacen los perros normales, pero serían perfectamente capaces de actuar juntos y de llevarse bien. No perderías dos cabezas, ganarías dos perros.

-Si tú lo dices... ¿no hay otra solución mejor? -y viendo el gesto negativo de Esculapio se rindió-. Está bien, pediré permiso a Júpiter -algo que evidentemente no le agradaba, era *vox populi* la rivalidad soterrada existente entre ambos, así como el rencor de Plutón por haberle tocado en el reparto el más desagradable de los reinos-. Vámonos, Cerbero, pronto tendrás dos hermanos.

-No es necesario que lo traigas aquí para la toma de muestras celulares, mandaré a uno de mis ayudantes al Averno; cuando estén listos los clones acéfalos mi hija Higiea te avisará para realizar la intervención -le saludó a modo de despedida.

Esculapio suspiró cuando se vio libre de ambos, aunque le irritó comprobar que una de las tres cabezas de Cerbero, a saber cual de ellas, había ordenado al cuerpo dejar una firma olorosa en el quicio de la puerta; tendría que avisar para que lo limpiaran antes de llamar a su siguiente paciente. Y todavía quedaban varios, como pudo comprobar con desesperación al mirar el listado en la pantalla del ordenador. ¡Quién le mandaría meterse en semejantes berenjenales!